

LA FARSA

MONTE DE ABROJOS

Romance de aldea en tres actos, original de

JOSÉ CASTELLÓN

PREMIO INFANTADO

50 cts.

Cubierta de este número:

Carmen Muñoz Gar

primera actriz
de la
Compañía
de
Enrique Borrás,
que dió vida escénica
á Isabela,
de

MONTE DE ABROJOS

MONTE DE ABROJOS

JOSE CASTELLON

MONTE DE ABROJOS

ROMANCE DE ALDEA EN TRES ACTOS, ORIGINAL

PREMIO INFANTADO 1930

Estrenada en el Teatro de Calderón de Madrid, el día 14 de noviembre, de 1930.

DIBUJOS DE GUTIERREZ NAVAS





AÑO | 21 DE FEBRERO DE 1931 | NUM. 180

MADRID

Compusieron el jurado los ilustres s
ñores: Manuel Machado, José Alsi
Jiménez Encinas y Arturo Cuyás
la Vega.

Al duque del Infantado
que, a su ejecutoria de nobleza,
une la muy alta de protector de las letras.

Y al eminente Enrique Borrás,
que dió vida escénica a esta obra.

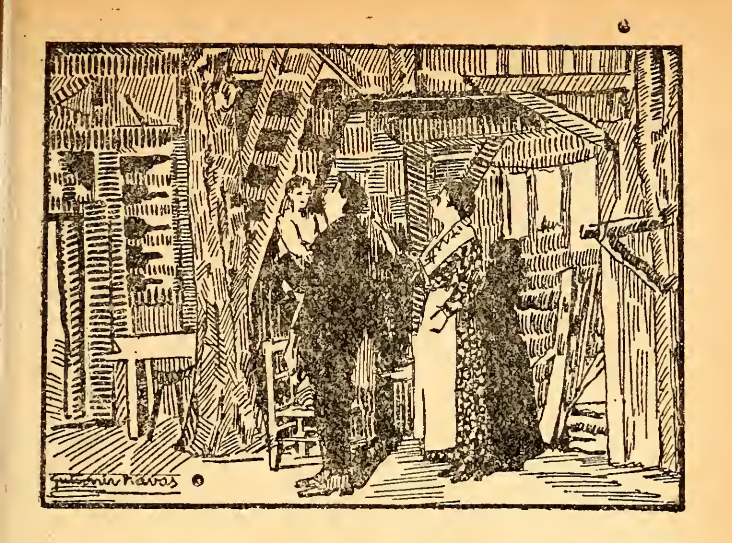
Con respeto y gratitud.

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Lázaro de Vilobre	Enrique Borrás.
Isabela	Carmen Muñoz Gar.
Ana la Roja	Laura Bové.
Mónica	María Robles Bris.
María Jesusa	Angela del Olmo.
Raposa	Concepción Montes.
Pedro de Lémona	Leovigildo Ruiz Tatay.
Cachicán	Francisco A. Villagómez.
El pastor Alicio	Manuel Domínguez.
El Violinista	Emilio Mesejo.
El Cojo	Francisco Gómez Ferrer
Onofre	Enrique Guitart.
El Trapero	Félix Dafauce.
Mozos	Florencio Medrano. Joaquín Parreño. José María Navarro.
El Niño	Niña Gómez Ferrer.

La acción en un poblado del norte de Castilla. Epoca de ahora.

ACTO PRIMERO



Cocina aldeana en planta baja y con alto techo envigado. En el foro estará el hogar, de campana prominente; y, a un lado del llar, se verá una ventanuca enrejada. En el resto del foro, dando frente al público, escalera que conduce al sobrado. Dos puertas laterales: una formando chaflán, abre al campo; y la otra conduce a la alcoba. Forman el ajuar de la estancia un armarito, una mesa, un viejo arcón, una tinaja con su pié y cuantos enseres sean propios del lugar. El acto empieza a media tarde. Por la ventana entra el sol crepuscular y la luz tiene el tono de color del oro viejo.

(ISABELA estará planchando, de espaldas a la puerta del campo, que estará abierta. De vez en vez, se oye confuso vocerío, gritos, como aullidos, de los mozos que están jugando a la barra en el campo. Luego de unos instantes asoma por un lado del portón la cabezota bestial de PEDRO DE LEMONA y al ver que está sola Isabela entra cautelosamente y conteniendo la respiración. Es un mozo rudo, de aspecto bárbaro y musculoso. Tiene la camisa desabrochada y se le ve el pecho, sudoroso y de pelambre enmarañada. Está sofocado por el esfuerzo del juego. Se acerca a Isabela como una fiera en celo, pronto a dar el salto. La lujuria hace que le relumbren los ojos como

brasas. Isabela se revuelve, cuando ya el aliento del hombre casi le da en la nuca, y rápida se refugia detrás de la mesa y le amenaza con la plancha.)

ISABELA.—(*Amenazadora.*) ¡Si t'acercas!...

LEMONA.—(*Con voz quebrada por el deseo.*) ¿Qué?...

ISABELA.—Prueba.

LEMONA.—Un golpe tuyo me dolería menos que tu odio.

ISABELA.—¡Canalla!...

LEMONA.—¡Con qué rabia sorda m'hablas siempre, Isabela! ¡Mordiendo las palabras!

ISABELA.—¡Canalla! ¡Mal hombre!

LEMONA.—Poco me imnortan tus insultos. ¡Sólo mi sangre me sofoca!... ¡Yo te juro que serás mía!

ISABELA.—¡Antes me mato!

LEMONA.—¡Yo t'haré morir... estrujándote entre mis brazos; apretándote contra mi pecho; quemándote con mis besos!

ISABELA.—¡Oh! ¡Calla! ¡Calla!... ¡Vete d'aquí!

LEMONA.—(*En una transición.*) ¿Por qué me odias tanto? ¡Si supieras cómo te quiero yo! ¡Qué no haría por tu cariño! Tú podrías pisotearme, hacerme pedazos, pegarme como el dueño pega a sus perros... Pero deja que sacie este deseo que me devora.

ISABELA.—Peor eres que el huracán, que to lo troncha... Como un chivo rijoso, de entre los matorrales me saliste varias veces al camino... Y muchas noches, en el silencio de la oscuriá, t'escuché arañar esa puerta como un lobo. (*Indica la que da al campo.*) Pero es inútil cuanto intentes. ¿Lo entiendes?

LEMONA.—¿Me desafías, mujer?

ISABELA.—Te pido que respetes cuanto es sagrao ante Dios y ante los hombres. Que no angusties mi soleá doloría. Que respetes la niñez de mi hijo y la ausencia de mi mario... ¡Que tos tus muertos te maldigan si no respetas esto!

LEMONA.—¿Respetar el buen nombre de Lázaro de Vilobre, el ladrón?

ISABELA.—¡Maldito seas!

LEMONA.—¿Tanto quieres al malhechor que se pudre en la cárcel?

ISABELA.—Nadie es peor que tú. Ni los reptiles, que se arrastran maldecidos. Ni los murciélagos, que dan el maleficio. Ni la misma fiebre, que va comiendo a los tísicos.

LEMONA.—Pero nunca estuve en enreos de Justicia, como ea Lázaro.

ISABELA.—Porque ni eres hombre. Tú no cometes el mal de

frente, sino agazapao y silencioso; como el frío, que entumece sin dejarse ver. ¿A que no eres capaz de llamar a los mozos que juegan ahi fuera y aquí, delante de ellos, intentar lo que sólo te atreves cuando estoy sola?

LEMONA.—Porque sola es como yo te quiero. Sola y desfallecida bajo mis brazos. Tu desdén azuza más y más mi deseo, como la ijada, que no deja parar a la yunta. Cuanto más te resistas, más te desearé, y habré de tomarte por fuerza si no cedes

ISABELA.—Escucha bien... Si no desechas tu empeño de demonio yo lo contaré al pueblo pa que sepan cómo eres.

LEMONA.—Y yo diré que has sío mia.

ISABELA.—¿Piensas, maldito que creerán tus mentiras?

LEMONA.—Lo malo entra pronto por los oídos.

ISABELA.—¡Fuera de esta casa!

LEMONA.—Y cuando Lázaro salga de la cárcel, él sí que creerá la mentira. Sentirá la sospecha como una pedrá en mitá del pecho.

ISABELA.—Tu alma es como los eriales, en donde el grano se pierde y sólo brotan las malas hierbas.

LEMONA.—Yo destrozaré cuanto se oponga a mi deseo.

ISABELA.—Ya has roto una vida, que llora por tu culpa.

LEMONA.—¿Ana la Roja?

ISABELA.—Si, Ana la Roja.

LEMONA.—¡Puach! ¡La tísica!...

ISABELA.—La moza enferma por tu culpa. La novia por tí despreciá. La promesa de boda cruzada estaba pa cuando la cosecha del trigo; pero florecieron las espigas y sólo tú te secaste en traición a la palabra da.

(Se escucha a los mozos que llaman a Pedro de Lémona y éste se acerca al hogar y toma un jarro para fingir que está bebiendo. Unos cuantos mozos asoman sus rudas testas por detrás de la reja de la ventana y otros se hacinan en el umbral de la puerta, formando grupo como una jauría. Tienen las mangas de las camisas recogidas hasta el codo y se les acusan violentamente los tendones, por el esfuerzo del juego. Están sudosos, jadeantes, rojos y sucios de la tierra.)

EL CORO DE LOS MOZOS:
Pedro de Lémona!
Eh, Pedro de Lémona!
Qué haces que no vienes?
En dónde estás?
Ya olvidaste la barra?

El coro de los mozos.
Onofre ganó la primera partida.
A cuatro pies más lejos que el Pilaro tiró la barra.
¿Tú no tirarás la barra, Pedro de Lémona?
Ven a tirar a la barra.
¡A la barra! ¡A la barra!

LEMONA.—Vine a beber. Sediento como un perro me tenía el sol, y el polvo de la carretera me resecaba la garganta. Ahora ya estoy dispuesto. (*Deja el jarro y se limpia la boca con la manga. Uno de los mozos le da la barra.*)

El coro de los mozos.
Tiende fuerte el brazo, que la tirá de Onofre ha sío larga.
¡Mucho ties tú que empujar!
¡Sólo Pedro de Lémona pué ganar a Onofre!
Sebastián y Catalino se dieron por vencíos.

LEMONA.—!Quién me ganó jamás?... ¡Soy el más fuerte, Isabela! (*Alza la barra por encima de la cabeza y hace ademán de arrojarla al tiempo que lanza un grito agudo, que es como un pregón de pelea.*) ¡Ohé!... ¡Ohé!

mozos. de los El coro
Ganará la partida.
Sí, sí. Ganará la partida.
Pedro de Lémona es el más fuerte.
¡Sus brazos son de hierro! (*El coro de los mozos se marcha y con ellos se va Pedro de Lémona; pero antes de salir se acerca a Isabela y le habla en tono bajo.*)

LEMONA.—Como esta barra de hierro que lanzo al aire son de fuertes mis brazos... Pero más fuerte aún es mi deseo. No lo olvides.

ISABELA.—¡Que Dios te maldiga!

LEMONA.—Esta noche no arañaré como un lobo en la puerta... Llamaré como un hombre... ¡Ohé! ¡Ohé! (*Se va corriendo. Hay una pausa. Por la puerta que da al campo entran MARIA JESUSA y MONICA. Son dos aldeanas que traen cestas y cántaros de leche de la feria. Entran con alegría e Isabela las acoge con muestras de satisfacción.*)

JESUSA.—¡Isabela!

MONICA.—Deja el trabajo, buena vecina, que te traemos de la feria dulce leche y ricas tortas.

ISABELA.—Vendréis cansás. Camino largo hay desde la feria y los senderos en cuesta y llenos de guijarros.

MONICA.—Rendías venimos.

JESUSA.—Mira cuantas tortas de almendras.

MONICA.—Y mira que leche tan blanca y cubierta de espuma.

ISABELA.—Buen acopio habéis hecho.

:susa.—Hemos aprovechao la caminata.

abela.—¿Está animá la feria?

:onica.—De tos los pueblos llegaron romeros. Y hay de ¡Qué de mulas, corderos, cerdos y gallinas! ¡Cuántos que- aceitosos y pastelillos de maíz y arroz! ¡Qué preciosos enos pa el peinao, y corpiños, y faldas, y cintas de tos los ores!

:susa.—Por los caminos iban familias enteras de los pue- vecinos. Carros cargaos de cosas llevaban algunos. Y tos ban alegres por el vino y el baile.

onica.—Al pie de un olivo estaban sentados los músicos y nte bailaban las parejas con estruendosa alegría... ¡Ao- . ¡Aolí!... ¡Aolá!...

esusa.—Mozos y mozas estaban cogidos de las manos y bai- do en rueda... ¡Aolí!... ¡Aolí!... ¡Aolá...

sabela.—Otros años fuí a la feria, con gran regocijo, y mu- me gustaban los pestiños y ver los fuegos de artificio ex- tando como truenos y echando al aire estrellas de colo- ... To me era grato entonces... La desgracia aún no se ha- levantao ante mí, como una sombra negra.

esusa.—No recuerdes, Isabela.

Ionica.—No recuerdes, buena vecina.

esusa.—Toma estas tortas que te traemos para tu hijo.

Ionica.—Y toma estos zarcillos que t'hemos mercao.

esusa.—Deja el recuerdo de los malos días y traza una z sobre la desgracia. Hagamos la señal de la Santa Cruz que sus brazos abiertos impidan al enemigo meter los cu- llos de la desgracia por las rendijas de la casa.

sabela.—Por la señal de la Santa Cruz... (*Se santiguan las s.*)

esusa.—En la artesa te pongo las tortas. Mira que tostadi- están y cuanta canela tienen.

Ionica.—En este puchero te dejo la leche. Mira que blanca espesa es.

sabela.—Veo vuestras atenciones y se me parte el alma, ve- as... ¡Qué buenas! ¡Qué bueno es tó el pueblo pá mí!... no fuera por vuestra cariá tendría que haberme ido por caminos, llevando de la mano a mi hijo y pidiendo limos- en los casales. To os lo debemos. Estamos contaminaos r el mal; nuestro Angel de la Guarda llora dolorío... y el eblo, en vez de despreciarnos, nos ayuda pá que podamos vir y la miseria no nos sea cruel.

Jesusa.—No pienses en eso.

MONICA.—¿Qué culpa ties tú? (*Por la puerta que da al campo llega ANA LA ROJA. Es una moza demacrada, con visibles muestras de tisis. El color de su pelo es de un rubio rojo. Toda ella está tan seca que parece un esparto.*)

ROJA.—Buenas tardes.

ISABELA.—Hola, Ana la Roja.

MONICA.—¿Qué tal estás?

ROJA.—(*Haciendo un gesto displicente.*) Muriendo.

ISABELA.—No hay que desesperar. Enfermos graves se salvaron; cuanto más tú que no es pa tanto.

JESUSA.—Claro.

MONICA.—Tú no estás tan mal. Si estuvieras muy enferma no podrías salir de casa.

ROJA.—En casa me asfixio. Necesito respirar el aire puro del campo.

ISABELA.—Siéntate. Descansa, que vienes fatigá.

JESUSA.—Nosotras nos vamos. Es tarde ya.

MONICA.—En casa nos estarán esperando los pequeños pá ver que les traemos de la feria.

ISABELA.—Mil gracias por vuestros regalos.

JESUSA.—No valen la pena, mujer.

MONICA.—Que te mejores, Ana.

JESUSA.—Cuidate mucho.

ROJA.—Ya no hay remedio. (*María Jesusa y Mónica se van.*) Huyen de mí. En cuanto he llegao s'han ido. ¡Tos huyen de mi!

ISABELA.—¡Mujer!...

ROJA.—¿Me das un poco d'agua?

ISABELA.—Mira no t'haga daño si estás sudá.

ROJA.—Ya no m'hace daño ná.

ISABELA.—¿Quies leche?

ROJA.—Agua... agua...

ISABELA.—¿Azucará?

ROJA.—Sola. Agua sola... Es que ardo. ¿Sabes?... Siempre tengo fiebre, a toa hora.

ISABELA.—(*Le da un vaso de agua y Ana la Roja bebe a sorbos.*) Con cuánta delicia bebes. Como los pájaros, sorbito a sorbito.

ROJA.—La bebería de un trago si pudiera; pero me fatigo. To me fatiga, Isabela. Estoy muy mal. Moriré pronto.

ISABELA.—¡Qué miedosa eres!

ROJA.—Tu no has visto a la muerte; por eso no la temes. Si la vieras junto a ti temblarías de pies a cabeza.

ISABELA.—¡Qué sabes tú!...

ROJA.—Lo sé, porque la he visto.

ISABELA.—¿Qué tú has visto a la muerte?

ROJA.—Y he sentío el crujir de sus huesos. La veo siempre. hora mismo, al beber, he sentío, en el borde de la copa, casiñear sus dientes en el cristal.

ISABELA.—¿Qué dices, Ana?

ROJA.—La veo, sí, la veo. ¡Es mi tormento! ¡Algunas noches, ıando no puedo respirar, me incorporo en la cama creyendo ue ya estoy enterrá y alzo los brazos con las manos crispás ara romper las tablas.

ISABELA.—¡Oh, calla! ¡Calla!

ROJA.—¡Es tan horrible!

ISABELA.—¿Por qué sales de casa? No debías andar.

ROJA.—Encerrá en casa me moriría de angustia. Ya he paao el invierno sentá en un sillón al lao de la vidriera de la entana y me parecía contemplar la vida desde muy lejos. ¡Y engo tantos deseos de vivir!...

ISABELA.—Y vivirás mucho... ¡Tan moza como eres!

ROJA—Eso es lo que más m'apena. Si fuera vieja, ¿qué poiría importarme ir acabando poco a poco, como el aceite de as lámparas? Lo terrible, Isabela, es morir cuando se es joven, cuando más deseos se tién de vivir. M'arde tò el cuerpo omo si corriera fuego por mi sangre.

ISABELA.—¡Es el enemigo que quié ganarte!

ROJA.—Si él fuera ya estaría acabao, que en el río me bañé ına noche de plenilunio y he bebio el caldo de camisa de vioora; y me dí por tò el cuerpo untura de aceite de alacrán, que mandó la saludadora. No es el enemigo, Isabela; es la vida, que chilla como los vencejos sobre el campo.

ISABELA.—La vida no merece quererla, porque sólo da sufrimientos.

ROJA.—Cuando se la dice adiós, parece de fuego, pasión que nos retuerce como leños encendíos. (*Se oye una explosión de gritos de los mozos que juegan a la barra en el campo.*) Escucha cómo grita la vida... ¿No oyes el vocerío de los mozos, como una lumbrarada?... Es fuerza, es salú. Brazos que saben apretar muy fuerte, hasta hacer daño... Al venir les he visto jugando a la barra. ¡Pedro está con ellos!...

ISABELA.—No hables de él. No merece que le recuerdes.

ROJA.—No puedo evitarlo. Aunque cierre los ojos fuertemente, hasta dolerme los párpados, le veo delante de mí. Le quiero más cuanto más le aborrezco.

ISABELA.—Ni tu odio mereee.

ROJA.—Lo sé. Es un mal hombre. El novio que m'abando cuando ya la promesa estaba cruzá. Pero no puedo apartar él mi pensar. Toda mi vida, esta vida a la que tanto m'agar y me duele perder, es él... es él... ¡Es Pedro!...

(*Llega el pastor Alicio, que entra por la puerta del cam Trae en los brazos un cabritillo.*)

ALICIO.—Güenas tardes, Isabela y la compañía.

ISABELA.—Hola, pastor Alicio. ¿Vas de recogida?

ALICIO.—Pa el aprisco voy.

ROJA.—¿Qué pasó al cabritillo?

ALICIO.—Se desgració en un salto. Cayó entre unas zarzas debe tener rota una pata, porque no pué tenerse. En braz le traigo to el camino, y en la majá veré de curarle con hie bas mascás.

ISABELA.—¡Pobre!

ROJA.—¡Triste tié el mirar!

ISABELA.—¿Quiés un trago de vino?

ALICIO.—Se agradece, Isabela; pero no me cumple. En el ve torro del encinar hice un alto y bebí un jarro... Además tengo tiempo pa detenerme. Voy de prisa. Ahí fuera tengo rebaño, y hasta el redil aún falta camino.

ISABELA.—No te detenemos entonces.

ALICIO.—El caso es... que te traigo un mandao.

ISABELA.—¿De parte de quién?

ALICIO.—El caso es... que quería hablarte a ti sola.

ROJA.—Me voy si estorbo.

ISABELA.—Na tengo que no pueas oír. ¿Qué es ello, past Alicio?

ALICIO.—¿Lo digo?

ISABELA.—Claro que sí.

ALICIO.—No sé si debo decirlo delante de la Ana.

ISABELA.—Dilo, dilo. Y ahora más que nunca. Ahora es pr ciso. No quiero que pueda sospecharse que hay en mi vid cosas que no puén decirse delante de tos.

ALICIO.—D'aquí a unas horas se sabrá en toa la aldea.

ISABELA.—Entonces...

ALICIO.—Prepárate, Isabela, que yo no sé decir las cosas c arrodeos y pué hacerte impresión.

ISABELA.—Verás. (*Se sienta, preparándose como para cont una larga historia.*)

ROJA.—Habla.

ALICIO.—En la montaña estaba cuidando el rebaño... Con l

punta de la navaja me entretenía en tallar figurillas en el cornizo del cayao... Una rama de olivo y unas cruces... (*Enseña el cayado a Isabela, la cual hace un gesto y un ademán de impaciencia.*)

ISABELA.—Sigue, sigue.

ALICIO.—Ten calma, Isabela. La cosa es delicá y yo no sé andarme con arrodeos.

ROJA.—¡Ya se ve, hombre!

ALICIO.—Estaba cantando al mismo tiempo que trabajaba en la madera del cayao. (*Inicia un ritmo sencillo, el aire de una canción campesina.*)

ISABELA.—No cantes ahora, pastor Alicio, que no estás en la montaña. Al llano has vuelto.

ALICIO.—Pues de pronto, cuando estaba cantando apareció por detrás de un peñascal un hombre que me saludó desde lejos, agitando una rama en alto.

ROJA.—¿Y qué?

ALICIO.—Ahí va, sin arrodeos... Era Lázaro de Vilobre... Tu marío, Isabela.

ISABELA.—¡Eh! ¡Qué dices!

ALICIO.—Tu marío, sí.

ROJA.—Eso no es posible. No sería él.

ALICIO.—Era el Lázaro... y me habló.

ISABELA.—¡Hablaste con él!

ALICIO.—Me contó que ya no está preso, que le perdonó la justicia y que vuelve otra vez a la aldea.

ISABELA.—¡Dios mío!

ALICIO.—Me encargó que te diga que luego vendrá al ser de noche. Durante el día anda errando en la montaña. No quiere venir hasta que esté oscuro y nadie le vea. Y me encargó que sólo a ti te dijera que le he visto.

ISABELA.—En su última carta ná me decía.

ALICIO.—Os dejo. Me voy a encerrar el rebaño en el redil.

ROJA.—Adiós, pastor Alicio.

ALICIO.—Quedad con Dios.

ISABELA.—Y no lo digas a nadie... ¿Sabes?... ¡A nadie! (*Se va el pastor Alicio.*)

ISABELA.—¡Lázaro vuelve!... Pero temo que venga huído y que los civiles le persigan...

ROJA.—Ya le dijo al pastor Alicio que viene perdonao.

ISABELA.—¡Que alegría, Ana la Roja!

ROJA.—Pa tos hay alegría menos pa mí.

ISABELA.—Pedro de Lémona no merece ni tu recuerdo.

ROJA.—Lo sé, lo sé...Sé que es un malvao... ¿Crees que no lo veo?... Sé que te busca, que t'acosa.

ISABELA.—¡Eh!...

ROJA.—No temas. Yo callo. Soy buena amiga tuya. Además, sé que tú le desprecias.

ISABELA.—Muchas noches las pasé en vela escuchando, abrazá a mi hijo, como Pedro de Lémona jadeaba detrás de la puerta de la casa. Y a veces temía que pudiera echarla abajo y que entrase como un demonio, frenético de malos deseos... Ahora se terminarán tos mis temores. Otra vez estará en la casa Lázaro y el umbral de la puerta permanecerá guardado.

ROJA.—(*Que se habrá acercado a la puerta.*) Por el camino viene tu hijo. Le trae a caballo el cachicán de las señoras.

ISABELA.—(*Acercándose a la puerta.*) Nos saluda agitando en alto su gorra.

ROJA.—Le cruza el pecho una banda azul.

ISABEL.—Viene de la escuela. Hoy tenían reparto de premios.

ROJA.—Te sonríe desde lejos. La carita se le ilumina. Viene a tus brazos como un presagio de feliciá.

(*Por la puerta que da al campo entra el niño corriendo y se arroja en brazos de la madre. Detrás de él entra pausadamente el CACHICAN. Es hombre de edad. Viste chaquetón de pana y sombrero de fieltro de anchas alas. En la mano trae una pequeña fusta.*)

NIÑO.—¡Mamá! ¡Mamá!

ISABELA.—(*Abrazándole.*) ¡Hijo mío!

CACHICAN.—Buenas tardes.

ISABELA.—Buenas tardes, Cachicán.

ROJA.—¿Trae usted de la escuela al niño?

CACHICAN.—Después de la escuela fué a merendar a casa de las señoras.

NIÑO.—Mira qué bonita banda azul.

ISABELA.—¡Oh, sí! ¡Es preciosa!

CACHICAN.—Es un premio. El niño estudia: El maestro dice que se aplica.

ISABELA.—Tiés que estudiar mucho y ser muy bueno pá que tós te quieran.

NIÑO.—Las señoras me dieron esta peseta.

ISABELA.—Nunca podremos pagarles el bien que nos hacen. (*El niño se marcha corriendo y entra en la habitación, a que se supone conduce la puerta lateral.*) ¡Qué buenas son! A ellas a quienes Lázaro... ¡Ellas han perdonado!

ACHICAN.—Se compadecieron de tí y del niño, cuando os ron solos y desamparaos. To el pueblo se compadeció. Ha- que tener el corazón de pedernal pa no compadecerse... , vamos a ver, ¿qué culpa ties de lo que hizo él? (*Dándose n la fusta en la media bota.*) Lázaro es distinto... Le es más ícil el perdón.

ISABELA.—No es malo, Cachicán; créame usted que no es alo... Aquello fué... No sé... Una mala tentación, un arreba- ... La miseria... Crea usted que la miseria.

CACHICAN.—Dejemos esto. Después de to, él está allí.

ISABELA.—¿Y cuando vuelva?

CACHICAN.—Aun tardará.

ISABELA.—¿Y si volviera pronto?... ¿No cree usted, Cachican, e tos le perdonarían?

CACHICAN.—Yo... La verdad... (*Se vuelve a pegar con la fus- en la media bota. Por la puerta del campo entra el CORO E LOS MOZOS, PEDRO DE LEMONA Y ONOFRE.*)

CORO LOS IOZOS
¡Güenas tardes!
¡Güenas tardes!
¡Hola Cachicán!
Venimos a beber un poco de agua.
Estamos sedientos.
Traemos la boca seca.

CACHICAN.—¿Habéis jugao a la barra?

CORO LOS MOZOS
Sí, Cachicán.
Ganó Pedro de Lémona.
Tié brazos de hierro!
¡Y empuje de toro!
¡Viva Pedro de Lémona!

LEMONA.—¡Fuera ya esa copla! Aquí no hay vencedor ni ven- o!...Tú, Onofre, venga la mano y se terminó por esta tarde pelea. (*Se estrechan la mano lealmente.*)

L CORO E LOS MOZOS
¡Bien, Pedro de Lémona!
¡Y bien, Onofre!
Lealtad en el juego.
El juego aparte. La amistad siempre delante.
Agua. Dános agua, Isabela.
Nos morimos de sed.
¡Agua!
¡Agua!

ISABELA. No pueo daros vino, porque no tengo pa tós. (*Les a unas jarras y ellos se las van pasando de unos a otros beben.*)

El coro de los mozos
Se agradece, mujer.
El vino no quita la sed.
¡El agua! ¡El agua!
¡Fresca está!
Gracias, Isabela.
Parecemos perros sedientos.

CACHICAN.—Es un buen ejercicio el de la barra.

ONOFRE.—Hay que hacerse fuertes como de piedra. Fuertes pá matar a los lobos, cuando bajen de la sierra en invierno.

CACHICAN.—También era yo fuerte como un roble, cuando mozo. Y todavía no soy de caña.

El coro de los mozos
¡El viejo Cachicán se las tié firmes!
¡Bravo, Cachicán!
¡Que eche un pulso!
¡Un pulso!

CACHICAN.—¿Con quién?

LEMONA.—Que sea con Onofre.

ONOFRE.—Vamos. (*Se forma un grupo en torno de la mesa, en la que apoyan los codos el Cachicán y Onofre, dispuestos a echar el pulso.*)

El coro de los mozos
Yo pongo por Onofre.
¡Ya empiezan! ¡Aprieta Cachicán!
¡Aprieta, Onofre!

LEMONA.—(*Acercándose a las mujeres que están separadas del grupo.*) Hola, Ana la Roja... ¿Vas mejor?... ¿Qué, no me contestas?... Eres rencorosa, mujer.

ROJA.—Y tú un desvergonzao.

LEMONA.—¿Por un saludo?... El saludo no se niega a nadie... ¡Digo yo!

El coro de los mozos
Los dos se tien firmes.
¡Empujan bien!
¡Pero no podrá el Cachicán con Onofre!
¡Ohé!
¡Ohé!
¡Ohé!

LEMONA.—Está bien, mujer... Que t'alivies. (*Le vuelve la espalda despreciativamente y se separa de su lado.*)

ISABELA.—Déjala, hombre. Eres perverso. Te gusta atormentar.

LEMONA.—(*Encogiéndose de hombros.*) ¡Bah!...

ISABELA.—Reparo debía darte mirarla siquiera.

LEMONA.—Ties razón... Da asco verla... Está podría... ¡Si fuera como tú!...

ISABELA.—¡Todavía!...

NA.—No lo olvides... ¡Esta noche no arañaré en la como un lobo: llamaré como un hombre! (*Se acerca al le los mozos.*)

RO S
Mal va Onofre.
¡Animo! ¡Animo!
¡El Cachicán vence!
¡No puede!
¡No puede!
¡No puede! (*Pequeño silencio. El Cachicán hace el último esfuerzo y vence a Onofre.*)
¡Ganó el Cachicán!
¡Bravo, Cachicán!

NA.—¡Fuerte está aún el viejo!

ICAN.—¿Qué creíais?... También yo soy de estas tierras pedregosas... ¡Monte de abrojos...!

NA.—Y ahora, vámonos que ya es anochecío.

RO S
¡Vámonos! ¡Vámonos!
Hay que cenar pa recuperar fuerzas.
Adiós, Isabela.
¡Que te mejores, Ana la Roja!
¡Adiós!
¡Adiós!

ICAN.—¡Quedad con Dios!

ELA.—Diga a las señoras, Cachicán. que mañana les llea ropa planchá. (*Va alejándose el coro con Pedro de a, Onofre y el Cachicán. Varios mozos se marchan can- Se rebaja la luz y la escena se irá quedando a oscuras.*)

ELA.—Oscurece ya. Voy a encender luz.

A.—Pa tres hoy.

ELA.—¡Qué alegría! (*Enciende un candil.*)

A.—Mañana vendré a verle.

ELA.—¡Y por Dios no digas esta noche na a nadie!

A.—Descuida.

ELA.—Estoy temblando por si le persigue la justicia.

A.—Lo malo es la aldea; que le persiga la aldea...

ELA.—¿La gente de la aldea?...

A.—Claro...

ELA.—¿No crees que tos perdonarán si perdonó la justicia?

A.—¡Yo qué sé!...

ELA.—Son buenos en esta aldea.

A.—Adiós, Isabela. Me marcho pa casa.

ELA.—Sí, vete. no t'haga daño el relente del anochecío.

A.—¿Y el niño?

ISABELA.—Ahí está jugando... Se marcha Ana la Roja. D pídela. Dale un beso.

ROJA.—¡Oh, no! ¡Yo no puedo besar! ¡Yo no puedo bes Adiós... Hasta mañana... Buenas noches. (*Se va por la pue del campo. Isabela luego se acerca al niño y le besa. Está tranquila, nerviosa, por la noticia que le dió el pastor. Se si ta. y toma en sus rodillas al niño.*)

NIÑO.—¿Qué me vas a comprar con esta peseta?

ISABELA.—¿Qué quies que hagamos con ella?

NIÑO.—Mandársela a papá.

ISABELA.—¡Hijo mío!

NIÑO.—Pa que venga en un barco. ¿No dices que está América?

ISABELA.—Sí.

NIÑO.—Pues que venga. Mándale el dinero de la hucha que venga.

ISABELA.—¿Tú quies que vuelva pronto?

NIÑO.—(*Recordando entristecido.*) Me llevaba de la mano el campo y jugaba conmigo.

ISABELA.—Vamos a sacar la hucha. (*Saca de un arcón la h cha y el niño echa la moneda.*) Aquí está. Echa la monedita.

NIÑO.—¿Hay mucho?

ISABELA.—(*Moviendo la hucha en alto para que haga ruid* Escucha como suena.

NIÑO.—Sí, hay mucho.

ISABELA.—Voy a preparar la cena. Tú siéntate a estudiar

NIÑO.—Pero no me quito la banda.

ISABELA.—Bueno, hijo mío.

NIÑO.—La llevaré siempre puesta. Es mía y no se le daré nadie.

ISABELA.—Ties que estudiar y ser bueno pa que el maest te dé muchos premios. (*Isabela prepara la cena y el niño sienta a la mesa y estudia en sus libros. Pausa.*) Ya pronto v drá papá.

NIÑO.—¿Pronto?

ISABELA.—Mandó una carta diciendo que vendría. Aca llegue esta noche.

NIÑO.—Entonces no tendremos que mandarle el dinero de hucha. (*Otra pausa. El niño se queda dormido. Isabela cuan termina los preparativos de la cena, se acerca a la mesa y al niño dormido. Luego, ante un espejito, se atusa el cabe con un peine.*)

ISABELA.—Está dormido. (*Se sienta en el poyo de la venta*

noche proyecta en la escena luz azulada. Mira fijamente a el camino en espera de ver llegar a Lázaro. En el fuego hogar se cuece la cena.) ¡Qué clara está la noche!... ¡Cuán- estrellas! *(De pronto Isabela se levanta excitadísima y abre uerta. LAZARO aparece en el umbral sobre el fondo estre- o, y ambos se abrazan profundamente emocionados, sin de- una palabra.)*

ZARO.—¿Y el niño?

ABELA.—Mírale. Se quedó dormido estudiando. *(Lázaro se ca al niño y le contempla sin atreverse a despertarle. Isa- cierra la puerta.)*

ZARO.—¡Qué guapo está! ¡Hijo mío!

ABELA.—Despiértale. ¡Cuánto va a alegrarse! *(Dando unos citos en el hombro del niño.)* ¡Mira quien está aquí, dor- n.

IÑO.—*(Adormilado pronuncia palabras confusas.)*

ABELA.—¡Despierta! ¡Despierta!

ZARO.—¡Hijo mío!

IÑO.—*(Despertando a la voz del padre, pero adormilado.)* pá!... ¡Papaíto!... *(Le echa los bracitos al cuello y le abraza.)*

ZARO.—¡Mi vida!... ¡Mi gloria!... ¡Qué guapo estás!

IÑO.—¿Has venido de América?

AZARO.—*(Extrañado.)* ¿De América? *(Isabela le hace señas, l comprende con infinita amargura.)* ¡Ah!... De América, Vengo de América.

IÑO.—¿Ya no te volverás a ir?

AZARO.—Ya no.

IÑO.—¿Jugaremos mucho?

AZARO.—Cuanto quieras.

IÑO.—Dame un beso, papá.

AZARO.—Duerme, hijo mío, duerme. Te estás cayendo de ño. *(Lázaro besa al niño y éste vuelve a cruzar los braci- sobre la mesa y dobla la cabeza sobre ellos.)*

SABELA.—¿Vuelves pa siempre, Lázaro?

AZARO.—¿Qué temes?

SABELA. ¿No vienes huído?

AZARO.—¡Huído!...

SABELA.—Como aún no cumpliste el tiempo.

AZARO.—Me indultaron. Mi comportamiento ha sido bueno . Todos los vigilantes me estimaban y se compadecían de El director gestionó mi indulto... ¡Estoy libre, Isabela! toy libre! Vuelvo otra vez a la vida y vuelvo pa no vol-

ver jamás a... aquel sitio. Lo sufriré tó. No cometeré n mala acción. Y aunque la miseria, aunque el hambre me puje como entonces, yo na haré que esté mal hecho.

Isabela.—¿Y por qué no has venío en seguida?

Lazaro.—Estaba deseando llegar. ¡Si tú supieras!... El zón me estallaba en el pecho. He venío corriendo to el car Durante el día estuve caminando sin descanso y miraba l adelante, con ansia de llegar pronto pa abrazaros. ¡Qué gría cuando divisé el monte!... Desde lo alto vi toa la y los ojos se me llenaron de lágrimas. Pero no me atre entrar de día en ella. Me aterraba la idea de encontr con los conocidos y la vergüenza me encendía el rostro de pensarlo. ¡Es terrible volver... de donde yo vuelvo!

Isabel.—Vuelves perdonao.

Lazaro.—¡Qué alegría, Isabela, estar libre!... ¡Libre!... entrá del pueblo cogí un puñao de tierra y la besé estrem

Isabela.—¿Traes hambre?...

Lazaro.—Entré al mediodía en un ventorro, pero apenas bé bocao... Tampoco allí comía. No hacía más que pensa vosotros... ¡Se me desgarraba el alma cuando, en el patio, ba los ojos y veía el cielo por encima de los muros gris ¡Cuánto he envidiao a los pájaros!... Aquel horrible pati parecía un pozo, del que nunca podría salir.

Isabela.—No recuerdes. No t'atormentes.

Lazaro.—Por las noches el sufrimiento era aún mayor: saba en ti y en nuestro hijo. Me parecía veros entre las bras... Y pensaba en cómo viviríais.

Isabela.—Toa la aldea se compadeció, ya te lo escribí. tuvieron cariá de nosotros y nos ayudaron.

Lazaro.—¡Es buena gente!

Isabela.—Las señoras son las que más nos protegen dan a lavar y a planchar la ropa.

Lazaro.—¡Las señoras!

Isabela.—Sí, ellas. Y al niño le mandan a la escuela compran los libros de estudio.

Lazaro.—¡Qué miserable soy, Dios mío!... Entre los z les debo meter las manos, estas manos de ladrón que so vergüenza. (*Se las retuerce nerviosamente.*)

Isabela.—(*Abrazándole.*) Ya to pasó, Lázaro. Ten calma. ra empezará otra vida nueva.

Lazaro.—¡Oh! Sí, sí... Una vida nueva... Aquello ni yo mo sé cómo ocurrió... Estaba sin trabajo, os veía con bre... y sin saber cómo entré en casa de las señoras y ro

eciso, no quería sino lo preciso... Pero me sorprendió le las señoras y en mi huida la herí sin querer.

BELA.—Calla, calla. No recuerdes. Hay que olvidar, debe- olvidar.

ARO.—No podré, no podré jamás. Hay cosas que no se in nunca.

BELA.—Por nuestro hijo. Hay que olvidar por él.

ARO.—¿Le dijiste que estaba en América?

BELA.—Sí.

ARO.—¡Que no sepa nunca mi delito! ¡Me moriría de ver- za!

BELA.—Mira qué banda le dieron en la escuela. Está loco ntento con su premio. Dice que no se lo dará a nadie y llevarla siempre cruzá al pecho.

ARO.—Que esta banda sea como una voz que le diga que bre tié que portarse bien. (*Ambos se inclinan sobre el y le besan. Están uno a cada lado, y al incorporarse, las as se acercan, sin darse cuenta, mutuamente atraídas, y sus bocas en un beso apasionado. Ella le pasa un brazo el cuello y él la retiene por la cintura. En este momento in a la puerta.*)

BELA.—(*Desprendiéndose.*) ¿Llaman?...

ZARO.—Sí.

ielven a llamar.)

BELA.—(*Temerosa.*) ¡Eh!...

ZARO.— Qué tié de particular?... T'has quedao blanca y blas, como en invierno cuando bajan los lobos hasta las . (*Se dirige hacia la puerta.*) ¿Piensas que sean los ci- que vienen a prenderme?...

BELA.—¡Espera!... ¡No abras! Yo abriré.

ZARO.—¡Qué más da! (*Abre Lázaro la puerta y aparece Pe- de Lémona embozado en una manta. Da unos pasos hacia ro, pero al encontrarse con Lázaro queda quieto, sorpren- .*)

MONA.—¡Lázaro! ¡Lázaro de Vilobre!

ZARO.—¡Eres tú, Pedro de Lémona!... Pasa, hombre, pasa *ro de Lémona maquinalmente entra en la estancia.*)

ABELA.—¿No le esperabas, verdad?

ZARO.—¿Cómo por aquí? ¿Por qué vienes a estas horas?

MONA.—(*Desconcertado.*) Ya ves...

ABELA.—De seguro que el pastor Alicio te dijo la vuelta ázaro.

MONA.—Sí... Eso... Claro que eso.

LAZARO.—¡Demonio de pastor Alicio!... Lo habrá conta tos!... Pero cuánto m'alegra verte... ¿Quieres darme la no, Pedro, buen amigo?

LEMONA.—¿Has vuelto?

LAZARO.—Estoy libre. Me indultaron.

LEMONA.—Lo celebro, hombre, lo celebro.

LAZARO.—Eres un buen amigo. Al saber que he llegao venío a saludarme... ¡Gracias, Pedro!... ¿Me perdonas?... toós los de la aldea tengo que pediros perdón.

LEMONA.—¡Por mí!...

LAZARO.—Si supieraas lo que he sufrío... ¡Oh!... Vengo a pentío!... Y dispuesto a bajar la cabeza a cuanto me dig Fué justo mi castigo. Me porté malamente con las seño que tanto protejen a tós.

LEMONA.—Son las madres del pueblo. En la sequía d'este dieron auxilios a los labradores.

LAZARO.—¡Tós las adoran!... ¡Y yo también!... ¡No sé mo hice aquello!...

LEMONA.—Os dejo...Tendréis que hablar... Mañana te ver

LAZARO.—Sí, hasta mañana, que nos veremos.

LEMONA.—Nos veremos, Lázaro... ¡Claro que nos verem

LAZARO.—¡Un abrazo, buen amigo! (*Se abrazan y luego dro de Lémona se va.*)

LEMONA.—Buenas noches.

(*Lázaro que se habrá acercado al niño le contempla c emoción.*)

ISABELA.—Despierta al niño. Ya está la cena y voy a po la mesa.

LAZARO.—¡Despierta, dormilón, que vamos a cenar!

NIÑO.—¡Papá!

(*Isabel saca de un armarito de madera el mantel y los p tos y prepara la mesa.*)

LAZARO.—¡Qué lujo, Isabela!... ¡Tiés hasta mantel

ISABELA.—Blanco y perfumao de tomillo. Me lo dieron un vecinas.

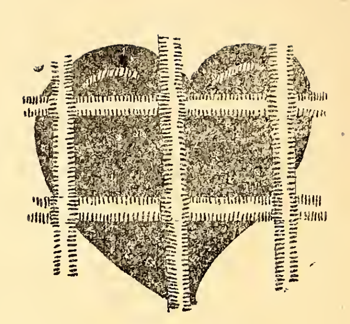
(*El niño se habrá separado de la mesa y de pronto se qu la banda y se la ofrece a Lázaro.*)

NIÑO.—¡Papá!... ¡Papaíto!... ¡Toma la banda azul!... Pa mi banda... ¡Te la doy!... (*Lázaro se inclina, el niño co hacia él y se le echa en los brazos. Lázaro le levanta en al La banda tremola en el aire, Isabela, mientras pone la mes sonríe satisfecha.*)

LAZARO.—¡Hijo mío!...

TELON.

ACTO SEGUNDO





Plazoleta limitada al foro por un ruinoso pretil de piedra. En uno de los lados se verá el frente de la fachada de la casa de Lázaro. Al otro lado, puentecillo de madera que cruza sobre un barranco y conduce a un camino orlado de matorrales. En el centro de la escena un viejo y frondoso árbol, de grueso tronco, y a su alrededor se ha adosado un banco rústico. Foro de montaña. Junto a la casa, un desvencijado carro de labor estará medio caído sobre la lanza. Es de día.

(RAPOSA, que es una mujeruca, sucia, desgreñada y haraposa, estará sentada en el banco del árbol y se recose la falda a grandes puntadas. EL COJO viste levita y se arrastra con el apoyo de las muletas. EL VIOLINISTA es un anciano de aspecto simpático, que cuida de su violín con extremado y mimoso celo. Los tres son mendigos.)

EL VIOLINISTA.—¡Qué puntás das, Raposa!... Parecen los pasos del andar de un borracho.

RAPOSA.—Nunca fué mi oficio la costura. En jamás tuve otro oficio que el de pedir limosna.

EL COJO.—¡Que es el mejor de tos!

RAPOSA.—Cuanto peor cosida tengamos la ropa y más sucios vayamos, más limosna nos dan.

El Cojo.—Tú, violinista, como hace poco que vas por l caminos pidiendo limosna, ná sabes de esto.

El Violinista.—Yo no soy un mendigo: soy un artista.

Raposa.—¡Tonterías!

El Violinista.—Yo no extiendo la mano ni me siento en l recodos de los caminos, con el sombrero entre las piernas, se quema mi boca salmodiando lástimas y lacerías. Toco violín y las buenas almas me socorren a voluntad.

Raposa.—Será pa no oirte.

El Cojo.—Eres ya viejo y te tiembla la mano pá tocar violín.

El Violinista.—¡Vosotros que sabéis de músicas!

Raposa.—¡Tonterías!

El cojo.—A mí también me gusta la música y el canto. M chas mañanas me despierto apenas raya el alba, pa oír ca tar a los mirlos.

Raposa.—¡Y buenas fritás de ellos tiés hechas!

El Cojo.—Si pudiera los tendría en una jaula. Pero como puedo, me los guardo en la tripa. Es lástima que en la tri no puedan cantar los mirlos.

Raposa.—Te vas estropeando. Antes eras un pobre con co cencia de tu obligación; pero ahora paeces un caballere Hasta levitín t'has puesto.

El Cojo.—Se lo robé a un espantapájaros.

Raposa.—El manto de los mendigos son las manchas, los r tos y el mal olor.

El Cojo.—Conocí a un leproso que sólo con agitar su so brero desde lejos, le echaban monedas pa que no se acerca

Raposa.—Si quiés que este oficio te produzca, afloja las cue das del violin, toca tó lo mal que puedas. Toca delante de l casas donde haiga enfermos y aprende a importunar al ped Hay que saber caminar rezongando a la zaga de los señor Debemos ser como los perros: que siguen ladrando a los c ballos de los caballeros. Las limosnas son fustazos pa que l dejemos.

El Cojo.—A to esto estamos sin desayunar. Las tripas r cantan como si fueran mirlos.

El Violinista—Llamemos en esta casa. Yo tocaré un "all gretto" y quizás nos socorran.

Raposa.—Esta casa está empecatá. ¿No sabes en qué ca ibas a llamar?

El Violinista.—Cierto que por las trazas no parece de g

acomodá. Pero los probes suelen tener mejores sentimien- que los ricos.

RAPOSA.—En esta casa vive Lázaro de Vilobre, el ladrón. De-ıte y no toques a la puerta de esta casa.

EL COJO.—Tos se apartan de ella como si estuviera ende-onıá.

RAPOSA.—¡Tristes sucesos ocurrirán en la casa de Lázaro!

EL COJO.—¡Cuántas lágrimas van a derramarse!

RAPOSA.—La desgracia está echá en el umbral como un lebrel.

EL VIOLINISTA.—Pues vámonos de aqui.

RAPOSA.—Sí, marchemos aprovechando la fresca de la mañana. Es preciso llegar al pueblo antes de que el sol esté ıy alto.

EL COJO.—Voy a poner con este pedazo de yeso nuestro adiós la casa de Lázaro. (*El Cojo escribe en la puerta de la casa el Violinista se acerca y lo lee.*)

EL VIOLINISTA.—Aqui vive Lázaro de Vilobre, el ladrón.

RAPOSA.—¡Eso es!... ¡Que lo sepan cuantos por aquí pasen!... (*Se van los tres por el camino que conduce al pueblo. Pausa. zaro sale de la casa y se sienta en el banco del árbol. Saca petaca y enciende un cigarrillo. De pronto ve lo escrito en puerta, se levanta y lo borra. ISABELA llega por el puen-illo.*

ISABELA.—¿Qué es eso, Lázaro?

LAZARO.—Que nos odian, Isabela. Han escrito en la puerta ıas palabras infames. El odio contra mí sigue en pie.

ISABELA.—¿Quién las escribió?

LAZARO.—No lo sé... ¡Tos!... En el silencio y en las mirás e me rodean las leo y las escucho.

ISABELA.—No tien piedad.

LAZARO.—Perdón es lo que necesito.

ISABELA.—¡Ninguno olvida!

LAZARO.—Tampoco yo. Tengo presente mi culpa y me escue- y me martiriza sin tregua día y noche. Estoy arrepentío, iero ser otro hombre, emprender una nueva vida... ¿por é no me dejan?

ISABELA.—Pa el pueblo eres el lobo que bajó de la montaña a la montaña quien que tornes.

LAZARO.—Yo no sé de leyes humanas, pero creo que este pro-der es injusto. Mi delito no fué tan horrendo, que fué el mbre quien m'hizo cometerlo.

ISABELA.—Ties razón. Yo sé que eres bueno; que tu corazón

es generoso. Tú, más que nadie, sientes lo ocurrido. ¡Si cuando me lo dijeron no pude creerlo!...

LAZARO. ¿Es cierto lo que me dices, Isabela?...

ISABELA.—¿Pues dudarlo?

LAZARO.—Te creo. No lo dices por consolarme, sino que lo sientes. Tú, mejor que nadie, sabes que no soy un mal hombre, como los demás se figuran.

ISABELA.—¡Si tú supieras cómo te defiendo siempre! ¡Les he dicho cuantas palabras puen decirse; pero es difícil convencerles.

LAZARO.—¿Y por qué, Dios mío? ¿Por qué ha de ser asi?

ISABELA.—Porque tu arrebato fué cometío contra las señoras, a las que tanto quien en la aldea.

LAZARO.—Pero el corazón de los hombres no pué ser tan duro. Es necesario que me perdonen... y no por mí, sino por nuestro hijo. No quiero que mi culpa le alcance.

ISABELA.—Ya empieza a alcanzarle. Desde qu'has vuelto no le acogen como antes en la escuela, y además en casa de las señoras m'han dicho que no necesitan de mí pá que les lave la ropa.

LAZARO.—Ante to lo que ellas dispongan debo bajar la cabeza.

ISABELA.—Y no es por rencor. Las señoras fueron las primeras en perdonar. Es por los otros. Es por la aldea.

LAZARO.—He sufrido ya mucho. El delito está ya pagao. Si perdonó la justicia, ¿por qué ellos no perdonan? ¿Es que el arrepentimiento no tie valor?

ISABELA.—Lo peor será que los pocos ahorros se gastarán pronto y luego... ¿Luego qué haremos, Lázaro?... Es preciso pensar en eso.

LAZARO.—Lo necesario es encontrar trabajo. Voy a pedirlo en las obras que se van a emprender en el bosque. Van a talar muchos árboles.

ISABELA.—Y como los patronos no son del pueblo, no te conocen, na saben de tí. Sólo verán un leñador fuerte que pué serles útil. (*Por el camino del pueblo llega el CACHICAN.*)

CACHICAN.—¡Dios os guarde!

LAZARO.—¿Qué hay de bueno, Cachicán?

CACHICAN.—Vengo a hablaros de un asunto que os interesa... Que nos interesa a tós.

LAZARO.—¿Qué quié usted?

CACHICAN.—Yo, na. Son las señoras.

ISABELA.—¡Las señoras!...

CACHICAN.—Ellas m'envían.

LAZARO.—Diga usted.

CACHICAN.—(*Sentándose en el banco del árbol.*) Veréis. (*Saca una pipa, la carga de tabaco, la enciende y fuma a largas y lentas chupadas. Se quita el sombrero y lo deja a un lado.*) Es una proposición, un arreglo que os proponen las señoras, pa que termine esta situación violenta y desagradable. A vosotros os interesa principalmente.

LAZARO.—¿Acaso perdonan?

CACHICAN.—(*Pegándose con la fusta en el cuero de la media bota.*) No se trata de eso...

LAZARO.—¿Entonces?...

CACHICAN.—Las señoras facilitarán vuestra marcha.

ISABELA.—¿Nuestra marcha?...

CACHICAN.—Os darán el dinero necesario pa que os marchéis.

LAZARO.—¡Abandonar la aldea!...

CACHICAN.—Es lo más conveniente. Os marcháis a otra donde no os conozcan.

ISABELA.—¿Es que aquí no podremos vivir?

CACHICAN.—Pa tos es conveniente. Se evitarán posibles males. Un pueblo frenético es como un toro desmandao; difícilmente se le echa el nudo corredizo pa domeñarle y retenerle sujeto del testuz.

LAZARO.—¿Y he de ser yo el que to lo sacrifiquen?... ¿Por qué no ceden en su odio? ¿Por qué no olvidan?

CACHICAN.—(*Dándose con la fusta en la media bota.*) ¡Quién piensa en eso!...

LAZARO.—Yo, Cachicán, yo pienso en eso y no vivo de pensarlo. Es la idea fija que me atormenta. Y no por mí, sino por mi hijo. Conteste usted que no acepto.

CACHICAN.—Piénsalo bien, Lázaro de Vilobre. Piénsalo bien.

LAZARO.—Me iré de la aldea cuando haya metío en la conciencia de tós que no soy un mal hombre, que fué la desgracia la que me empujó... Pero un mal hombre... Eso no lo soy. No es cierto. ¡Lo rechazo!

CACHICAN.—Las cosas que ocurren siempre permanecen en pie; son huellas imborrables.

ISABELA.—¿Y no se acuerdan de las buenas acciones? ¿Es que sólo el mal permanece?

CACHICAN.—Pesa más, desde luego.

LAZARO.—¿Es que en la vida cuando uno ha faltao es imposible volver a ser bueno?

Cachican.—Hay dos caminos que no tién vuelta: el de la muerte y el de la vida.

Lazaro.—Y se persigue a los hombres como a fieras. ¿No es eso?...

Cachican.—Estás excitao. Te dejo que medites. Mañana volveré y veremos.

Lazaro.—Es inútil. No acepto na, no quiero na, sin que antes comprendan mi arrepentimiento. Por mi mujer y por mi hijo cometí el delito, en un instante de arrebato. Por mi mujer y por mi hijo quiero ser perdonao.

Cachican.—Vaya, hombre, Lázaro, no estás en ti. Ten calma y piénsalo, piénsalo. (*Recoge el sombrero, se pega con la fusta en la media bota y se marcha por el camino del pueblo.*) Quedad con Dios. (*Lázaro se sienta en el banco del arbol y oculta la cara entre las manos. Isabela se acerca y, de pie, le contempla emocionada.*)

Lazaro.—¿Qué te parece? ¿Qué dices a esto, Isabela?

Isabela.—No sé. Así, de repente, no sé qué pensar.

Lazaro.—¡Echarnos de aquí, de nuestra casa, de la aldea en que desde niños hemos vivido!

Isabela.—Es muy triste; pero pué que lo sea más de seguir viviendo aquí. Donde no nos conozcan podremos ser felices, porque tu pasao no será conocio.

Lazaro.—Lo sabré yo siempre y eso basta. La vida está dentro de nosotros. El mundo to encerrao en nosotros. No son las cosas de fuera las que tien el poder. Son las de dentro las que nos hacen felices o desgraciaos.

Isabela.—Y si de tos mos tenemos que marcharnos, ¿no será mejor que nos vayamos ahora, aprovechando la ayuda que nos ofrecen?

Lazaro.—Esa ayuda es una vergüenza pa mí. Lo que yo quiero es recobrar mi buen nombre... Y eso sólo aquí puedo ganarlo. Aquí, en el mismo lugar en donde lo perdí.

Isabela.—¿Y qué será de nosotros hasta entonces?

Lazaro.—Dios nos ayudará. Una vez perdonao nos iremos a otro pueblo; pero no antes. Piensa que acaso, cuando más felices viviéramos, podían enterarse de mi culpa y entonces seríamos doblemente desgraciados por haber estao viviendo del engaño.

Isabela.—Yo estoy dispuesta a hacer lo que tú quieras.

Lazaro.—Aguantar aquí. Esperar. To menos consentir que nos echen de la aldea como si fuéramos alimañas. ¡Sería ho-

·ible que pa rezar sobre la sepultura de mis padres tuviera ·ue venir de noche a la aldea y saltar la tapia del cemen-·rio sin que nadie me viera.

Isabela.—Pues estemos aquí y suframos.

Lazaro.—¡Mujer valiente! ¡Compañera buena!... ¡Trabaje-·os juntos pa ganar el bien perdío!

Isabela.—Sea to pa que nuestra desgracia no alcance al ·iño.

Lazaro.—Voy a llegarme a la aldea pa hablar con el con-·ratista de la tala de árboles.

Isabela.—Ve ahora mismo.

Lazaro.—Sí. No hay que dejarlo de la mano.

Isabela.—Pues anda y no tardes.

Lazaro.—Hasta luego. (*Se va por el camino de la aldea. Isa-ela se sienta en el banco del árbol. Luego de una pausa llega ·gilosamente PEDRO DE LEMONA y, ocultándose en el tron-· del arbol, se acerca a Isabela, se inclina sobre su hombro · la llama suavemente, como en un suspiro, casi pegándola el ·do a la boca.*)

Lemona.—Isabela...

Isabela.—(*Se levanta rápidamente como tocada por un bi-ho.*) ¿Tú, Pedro de Lemona?...

Lemona.—Sí, mujer, yo... ¿Te extraña?... Claro, como nadie ·iene a veros.

Isabela.—No vengas tú tampoco... Nadie te llama aquí. No ·engas a turbar el nogar dolorido.

Lemona.—Dolorido por tu culpa, Isabela... De ti depende pro-·unciar la palabra que to lo arregle.

Isabela.—¡Ah, si de mi dependiera!... Pero ¿qué puedo ha-·er contra el desprecio en que se nos tiene?

Lemona—Bastaría que tú quisieras pa que el odio que en · aldea se tiene a Lázaro se fuera apagando, apagando, como · sangre de una herida al ser restañá.

Isabela.—¿De qué manera?... A ver.

Lemona.—Bien sabes que yo tengo ley de fuerza en la aldea. ·os me temen. Mis puños son como mazas y a mazazos puedo ·nponer mi antojo... Pues si yo digo... ¡Ea, to se terminó, ·l Lázaro hay que volver a otorgar el aprecio!... Si digo esto, ·o lo dudes, a vosotros vendrán tos y os tenderán la mano.

Isabela.—Pues dilo, hombre, dilo, y que Dios te lo premie.

Lemona.—No es Dios quien yo quiero que me lo premie... ¿Quieres que fijemos condiciones?

Isabela.—¡Todavía, Pedro de Lémona!

LEMONA.—Si un día salieras de tu casa como pa ir a la aldea y al llegar al recodo del camino torcieras monte arriba... Entre las breñas están aquellas ruinas...

ISABELA.—¡Oh, miserable! ¡No tiés más que palabras que cruzan la cara como latigazos!

LEMONA.—Pues camina al paso, mujer. Deja que te tome de las riendas y te guíe dulcemente.

ISABELA.—¡Vete y no vuelvas a pisar en mi camino!

LEMONA.—Yo no cedo, Isabela... Recurriré a tos los medios. Has de ser mía... ¿Lo entiendes?... ¡Mía! ¡Mía!

ISABELA.—¡Calla y vete de una vez!... Puedes ayudarnos y no lo haces, y si lo hicieras, sería para cobrarte miserablemente.

LEMONA.—Es posible que seas tú misma la que acudas a mí.

ISABELA.—¡Nunca! ¡Aunque tu ayuda fuera honrá! ¡Cuanto de tí viniera me ofendería como un insulto!

LEMONA.—¿Por qué ese odio siempre, Isabela?

ISABELA.—¿Y tú, por qué ese afán siempre?

LEMONA.—Porque te necesito. Porque te tengo toda entera dentro de mi pensamiento y por el día y por la noche te veo siempre, siempre... como un agua que es preciso beber pa calmar la sed.

ISABELA.—Pues na esperes. Serás siempre el perro sediento.

LEMONA.—Tú has sío para mí como un hechizo. Me embrujaste, Isabela, me embrujaste.

ISABELA.—Pues huye de mi.

LEMONA.—No puedo. No puedo. Me sujetas, me arrastras. Vano sería cuanto yo intentara pa huir de tí. El deseo es más fuerte que mis puños.

ISABELA.—Pero más fuerte es mi desprecio.

LEMONA.—¿No sabes cómo te querría!... ¡Más, mucho más que el Lázaro?... ¿Qué hace el por ti?... ¿Es quererte poner trabas a tu vida?

ISABELA.—Basta ya. Pa siempre escucha que te aborrezco.

LEMONA.—Y pa siempre escucha tú también que na podrá valerte.

ISABELA.—¿Olvidas a Lázaro?

LEMONA.—Ni él ni tu odio... Na... ¿Te enteras?... ¡Na!... ¡Saltaré por encima de to, lo arrollaré to!

ISABELA.—¡Yo sabré defenderme!

LEMONA.—¡Defiéndete! ¡Defiéndete! (*Salta como una fiera y estruja a Isabela entre sus brazos y la busca los labios con*

ca. Es una lucha breve, en la que no se oyen más que s. Al fin Isabela logra desprenderse y entra precipitada- : en la casa y cierra la puerta. Pedro de Lémona se vuel- ra dirigirse al pueblo. En este momento se encuentra con LA ROJA que, quietaa como una estatua, en la entrada uentecillo, le contempla con fijeza desconcertadora.)

ONA.—¿Qué tal, Ana la Roja?... ¿Mejoras?

A.—¡Qué t'importa!

ONA.—¡Mujer!...

A.—Me echaste de tu vida, como si fuera una cosa inútil. o voy a creer que te interesa mi salud?... Tanto te im- á que mejore como que muera.

ONA.—¡Ana la Roja!...

A.—Pues sábelo, hombre, sábelo... Estoy muy enferma, é pronto. Seguramente antes que llegue el invierno.

ONA.—Me porté malamente; pero en el fondo te tengo ley iigo.

A.—¡Ya es algo!

ONA.—Comprendo que ties razón pa acusarme; pero de- lo pasao... ¿No te parece?

A.—Te cansaste de mí. Te enamoraste de otra.

ONA.—¡De otra!...

A.—No trates de ocultar. Sé que muchas noches has do en esa puerta.

ONA.—¡Qué dices!

A.—Lo sé. Ya ves que lo sé.

ONA.—Me amenazas, ¿no es eso? Pues ve a la aldea y voz en grito.

A.—Cuando se está cerca de la muerte se ama tanto a a que se desea que la disfruten tos fieramente. Pero sólo valentía cuando se va a morir, cuando es a la desesperá. ue estáis fuertes, llenos de salud, sois cobardes.

ONA.—¿Qué quieres decir?... ¡Qué ponzoña o qué hechi- cierran tus palabras!... Dí claramente cuanto insinúas.

A.—¿Qué puedo yo decirte?... Ojos ties tú y no sa- er.

ONA.—*(Cogiéndola por los brazos y zarandeándola.)* ¿Qué etrás de tus palabras?... Dílo pronto y dí la verdad si ies que entre mis manos t'haga pedazos... ¡Vamos!... to!... ¡Habla!

A.—¡Deja! ¡M'haces daño!...

LEMONA.—(*Sin soltarla, pero sin sacudirla.*) ¡Suelta to veneno!

ROJA.—Sólo te digo que ties miedo al Lázaro.

LEMONA.—¡Tísica del diablo! (*La empuja con violencia y tira como un trapo sobre el banco del árbol.*)

ROJA.—¡Válgame Dios, hombre!... ¡Siempre eres brutal y de piadao. Ni por enferma me ties lástima... Yo, en cambio, ha ta en mi muerte te tendría ley.

LEMONA.—No mientas. Estás despechá.

ROJA.—¿Crees que tengo celos?... Si ya, aunque me quisi ras, no podría ser pá ti. Pero deseo que seas feliz, por tant como te he querio. Por eso te digo que Isabela te quiere.

LEMONA.—¿Qué urden tu despecho?...

ROJA. Tampoco ella se atreve por temor a Lázaro. Los d sois cobardes.

LEMONA.—Yo sabré si es verdad lo que dices. Pero si n mientes, te mato. ¡Te juro que t'aplasto como a un sap (*Hace un gesto de desprecio y se aleja hacia el pueblo. Ella s incorpora en el banco, tose fuertemente, se arregla un po el vestido, se levanta y llama en la puerta de la casa.*)

ROJA.—¡Isabela! ¡Isabela!

ISABELA.—Hola, Ana la Roja. Pasa. Entra en casa.

ROJA.—Mejor estamos fuera. Hace un buen día y me co viene estar al aire libre.

ISABELA.—Pues espera un instante. (*Entra Isabela en la ca y a poco vuelve a salir con labor de costura. Ambas mujer se sientan en el banco del árbol.*)

ROJA.—Se respira con delicia. Da gusto estar aquí a la som bra del árbol... ¿Ties mucho que coser?

ISABELA.—Esta ropa blanca de las señoras... La última.

ROJA.—¿Cómo eso?

ISABELA.—No se atreven a seguir dándome trabajo por tem a que la aldea lo vea mal.

ROJA. To se os vuelve en contra. !Cómo vais a pode vivir?

ISABELA.—Me asusta pensarlo.

ROJA.—Tu marido, ¿qué piensa hacer?

ISABELA.—Ha ído a pedir trabajo en las obras del bosqu

ROJA.—Es difícil que lo consiga.

ISABELA.—De aquí no quié que nos marchemos sin irse per donao.

ROJA.—No podrá ser. Del árbol caído todos hacen leña. E hombre estorba al hombre... Pero no debe ser tan terco qu

haga pasar una vida angustiosa. Así son tós los hombres. uno piensa en lo suyo, y a nosotras que nos parta un o.

SABELA.—Eso no. Tú estás herida y por eso hablas así. Yo puedo creerlo. Lázaro daría su vida por nosotros.

OJA.—Pues más fácil que dar la vida es resignarse un poco.

SABELA—¿Crees que no se resigna y que no sufre?... El, enérgico, es como una fiera adormilá. Todo lo sufre. A calla. Y se muerde por no volverse contra quienes le cierran s las puertas y le acosan.

OJA.—Pero no es justo que tú y el niño sufráis tanto.

SABELA.—¡Pobre hijo mío!

OJA.—Ya que tanto iba aprendiendo en la escuela. ¡Tan o como es!

SABELA.—El maestro decía que se aplicaba.

IOJA.—¿Y ahora, qué?... Las señoras dejarán de protegerle u vida se desbarata. Hubiera podío ser un hombre de es-ios y no pasarías privaciones en tu vejez.

SABELA.—¿Por qué las desgracias de los padres tièn que : sobre los hijos?... Eso es injusto, Ana la Roja, es injusto.

IOJA.—Metío en la miseria acaso un día también él...

SABELA.—¡Calla! ¿Qué maldito pensamiento ibas a pronun-?... Ser mi hijo un... ¡Calla por Dios!

IOJA.—Claro que no, mujer. Y tu deber de madre es velar tu hijo. ¡Es tan cruel la vida! ¡Tan mala consejera la seria!

SABELA.—Yo l'arrancaré toas sus lenguas, pá que mi hijo escuche la más leve palabra de tentación. Tié que ser un nbre honrao... Como lo es su padre, pese a toda la aldea.

IOJA.—Fué la necesidá quien le empujó.

SABELA.—Sí, ella, y no la mala índole, fué el motivo.

IOJA.—Pues ya ves la fuerza que tié la miseria. Y ahora : el niño está hecho a que na le falte... Tos os socorrían. is como los hijos de la aldea.

SABELA.—¡Oh, sí! S'han portao bien. Por eso me duele más : sean así ahora.

IOJA.—Ahora... no es igual. Ya no estáis solos. La vuelta Lázaro ha sio pa vosotros como las nubes negras, que en tormenta a los campos.

SABELA.—Es cierto... Sí.

ROJA.—Su libertá ha sio vuestra condena.

SABELA.—Cierto... Sí... Pero ¡qué digo! ¡Qué fuego sale de boca!...

Roja.—No te asusten las palabras de tu pensamiento. D pensamiento nadie pué disponer. Las cosas más negras se n meten en los sesos.

Isabela.—¡No! ¡No!... ¡Si yo no pienso eso!

Roja.—No lo sientes; ya lo sé; me lo figuro... Pero, ¿pe sarlo?... To es obra también de la necesidá. Esa fuerza de miseria que empuja, empuja...

Isabela.—¡A fuera! ¡A fuera el enemigo!... ¡Aire! ¡Lu ¡Pensamientos buenos que limpien de telarañas el alma!

Roja.—¿Qué pué el buen deseo si el estorbo sigue en pie c rrando el camino?

Isabela.—Renegá tenía yo que ser pa que fuera la libertá mi marío como un estorbo pá mí.

Roja.—Naturalmente... ¡qué horror!... Quiero decirte que vida es tan endemoniá que ya ves, nos pone a veces en trance de que nos sea un estorbo lo que más queremos.

Isabela.—Déjame. Tú que eres buena amiga, no me atorme tes, no m'hagas pensar así.

Roja.—Y tan fácil como sería remediarlo y que volvieras vivir con la ayúa de toa la aldea y con la protección de l señoras pa ti y pa tu hijo.

Isabela.—¿Cómo?

Roja.—Na... Imposible... Una burla más de la desgracia. Bastaría que tú empujaras un poco a Lázaro; que pronu ciaras un nombre...

Isabela.—(*Presintiendo lo que va a decir Ana la Roja.*) ¡Pch

Roja.—Un nombre... Pedro...

Isabela.—(*Aterrorizada trata de tapar con una mano la bo de Ana la Roja y con la otra se pone el dedo índice en l labios, haciendo un gesto de silencio.*)

Roja.—...de Lémona.

Isabela.—¡Calla, maldita! ¡Víbora! ¡Serpiente!... No es p sible que seas tú la que hablas así... Es la enfermedá qu odia a la salú... ¡Calla, si eres amiga!... Y si no lo eres. vete al cielo o al infierno... Pero lejos de mí, sin venir a m terme en el corazón la horrible semilla del egoísmo.

Roja.—¿Qué dices, Isabela?... ¿Qué piensas de mí? ¡Di mío!... ¡Dios mío!... No ties calma. Estás excitá... Maltrát me si quieres, si eso pue calmarte.

Isabela.—¿Sabes que si dijera ese nombre ellos se matarían

Roja.—Lo sé... Lo sé... Y tú quedarías libre y protegía ot vez... Por eso te digo que el remedio es como una burla d

esgracia. Y se me parte el corazón por ello, pobre y des-
urá amiga.

ABELA.—¡Silencio! ¡Silencio!... ¡Por favor!...

OJA.—Sí, callemos... No ties sereniá... Tiemblas como una
a sacudia por el viento.

ZARO.—(*Por el camino del pueblo llega Lázaro corriendo.*
e trémulo y habla entrecortadmente.) ¡Isabela! ¡Isabela!

ABELA.—¿Qué te pasa, Lázaro?

ZARO.—¡Pronto a casa!... ¡A dentro de casa antes de que
ien!

ABELA.—¿Quiénes vienen?

ZARO.—Los mozos.

OJA.—¿Qué dices?

ZARO.—Vienen hacia acá.

ABELA.—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

ZARO.—Me vieron al ir a pedir trabajo y me amenazaron,
insultaron... y me persiguen... (*Se oye confuso rumor de*
e que se acerca.)

OJA.—¡Por el camino de los matorrales vienen como demo-
!

ABELA.—¡A casa! ¡A casa!... ¡Entremos en casa!

ZARO.—¿Y el niño? ¿Dónde está el niño?

ABELA.—Está dentro... Está dentro.

ZARO.—¡Ay del que intente pasar la puerra! (*Empuja a*
ela hacia la casa.) ¿Me persiguen como a un lobo?... ¿Me
an? ¿Me acorralan?... ¡Pues como los lobos me abriré paso
entellás!...

sabela y Lázaro entran en la casa. Ana la Roja se aleja
ipitadamente. Los mozos están ya cerca y se oye un ¡Mue-
fragoso. Irrumpen en la escena. Vienen ebrios de odio, y
desparraman por la plazoleta rodeando la casa.)

CORO LOS ZOS

¡Muera!

Fuera del pueblo.

¡Asaltemos la casa! ¡A pedrás hay que echarle de
la aldea!... ¡Traerá la desgracia a tós!

¡Lázaro de Vilobre, abre la puerta!

¡Abajo la puerta!

¡Abajo! ¡Abajo!

¡Arrancarla de cuajo!

¡Quietos! ¡Quietos tos! ¡Esperad un instante! No
acercaos a la puerta, que al acercaros os pue-
den disparar un tiro desde dentro. (*Los que es-*
tán junto a la puerta se separan presurosos.)

EL CORO DE LOS MOZOS

Separarse de la puerta.

Hay que decirle que salga. Que no se le hará si sale y se marcha de la aldea.

Sí, eso es lo mejor. (*Se hace un silencio y Ono se adelanta hacia la casa.*)

ONOFRE.—Escucha, Lázaro de Vilobre. Na t'haremos si abr la puerta y sales pá irte de aquí pá siempre. (*Hay un silenc de espera.*)

EL CORO DE LOS MOZOS

No contesta.

Nadie responde.

¡Eh, Lázaro de Vilobre, no oiste!

Sal pronto o echaremos la puerta abajo y te arra traremos atao a la cola de un caballo. Tod queremos que te vayas.

¡Contesta! ¡Contesta!

¡Lázaro de Vilobre!

¡Abajo la puerta!

¡Abajo! ¡Abajo!

¡El fuego! ¡El fuego! ¡Es mejor el fuego!

Sí, si. ¡El fuego!

Prendamos unas ramas y con ellas incendiarem la casa.

(*Unos cuantos han acercado unas ramas y se disponen prenderlas. Por el puentecillo viene PEDRO DE LEMONA. abre paso y se pone delante de la puerta protegiéndola. Tr la barra en la mano.*)

LEMONA.—¡Quietos! ¡Tos quietos!... Al que dé un solo pa le parto la cabeza con la barra!

EL CORO DE LOS MOZOS

¡Tú, Pedro de Lémona!

¡Qué dices!

¡Lázaro nos insultó!

¡Estás loco!

¿No quies que el pueblo haga justicia?

¡Justicia! ¡Justicia!

Pasó, Pedro de Lémona. (*Un mozo adelanta hac la casa. Pedro de Lémona alza la barra sobre y le obliga a retroceder.*)

LEMONA.—¡He dicho que quietos!... ¡Ni un solo paso hac la casa! ¡Aquí dentro no estará sólo Lázaro de Vilobre. E tán también su mujer y su hijo... ¿Queréis que ardan en hoguera como leños?... Ellos son inocentes.

CORO
LOS
ZOS

Eso es verdá.
Sí, sí. Eso es verdá.
Isabela y el niño están dentro de la casa.
Y ellos son inocentes.
Sólo Lázaro de Vilobre es la mala hierba.
Sólo él... Sí, sí,... Sólo él.

EMONA. Dejadme solo. Yo hablaré con Lázaro y se arreá to. (*Los mozos hacen mutis refunfuñando; pero sin atre- e a discutir con Pedro. Isabela, el Niño, abrazado a ella y aro salen de la casa.*)

AZARO.—¡Gracias, buen amigo! ¡Gracias!

EMONA.—¿De qué?... Hice lo que debía. Estos bárbaros rían quemaros como a ratas.

AZARO.—Si no hubieras llegao tan a tiempo, no sé que iera ocurrío. Estuve a punto de perder la cabeza y salir de asa con mi hacha.

EMONA.—Déjalo to a mi cargo. Yo te prometo domeñar a ldea... Tú, a callar a to y dejarme a mí hacer?

AZARO.—¿Escuchas, Isabela? ¿Escuchas?... Pedro va a salmos.

SABELA.—¡No, no!... ¡Eso no! Eso no pués tolerarlo tú!

AZARO.—¡Qué dices!

SABELA.—¡El lobo siempre tié que ser lobo!

EMONA.—Y que le maten a tiros, ¿verdad?... Tenéis las mues un mo de arreglar las cosas.

AZARO.—No hagas caso. Está la pobre excitá ¡Pasó tanto o, mientras que aporreaban la puerta! Mialá aún abrazá uestro hijo y temblando. Yo te prometo ser pá tí como un ro fiel.

SABELA.—¡No! ¡No! ¡No!...

EMONA.—Vaya, mujer, deja que la fiera se amanse.

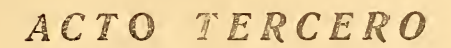
AZARO.—Desde hoy en ti fio. Dime, mándame lo que debo er y lo haré sin titubeo.

EMONA.—Y yo te prometo la paz en la aldea, tu perdón.

AZARO.—Da las gracias a Pedro, Isabela. Dale un fuerte etón de manos, como yo le doy un abrazo leal, de amigo... hombre a hombre! (*Le abraza fuertemente mientras des- nde el telón.*)

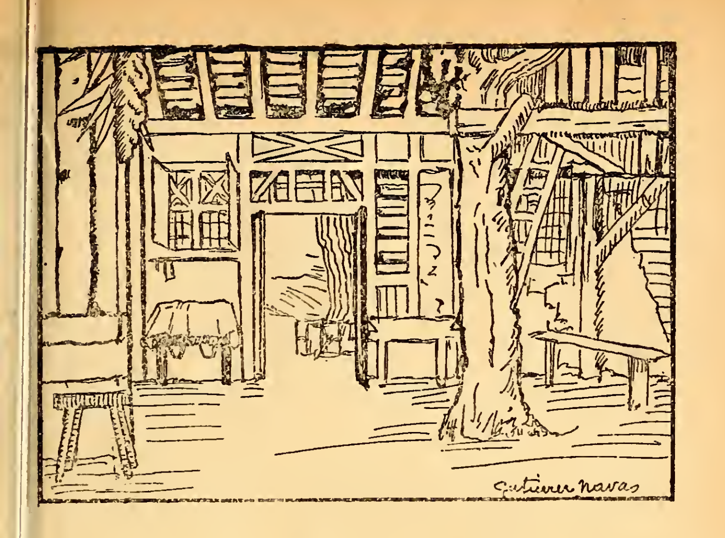
TELON





ACTO TERCERO

(Es
El
más.
Isa
El
Isa
El
a ver
ión d
malv
Isa
cho a
El
Isa
lo pu
El
sio d
peor.



La misma decoración del primero. Es de día.

(Están en escena ISABELA, LAZARO y UN TRAPERO.)

EL TRAPERO.—No puedo dar más. De veras que no puedo dar más.

ISABELA.—Cinco pesetas más. Solo eso.

EL TRAPERO.—No puedo. No puedo.

ISABELA.—Por cinco pesetas más...

EL TRAPERO.—El negocio está malo, cada vez peor... Tos son a vender; pero ¿quién compra?... En mi casa tengo un montón de cosas que nadie quiere... Es dinero muerto. Tendré que malvenderlas en las ferias.

ISABELA.—Pero mire usté bien. La manta es fuerte y de mucho abrigo.

EL TRAPERO.—Buen género; pero algo apolillá.

ISABELA.—¿Y el vestido?... Todo él está nuevo. ¡Si apenas me lo puse un par de veces!

EL TRAPERO.—Tié mala venta. Las ropas temen que haigan sío de enfermos... Repito que el oficio de trapero ca vez está peor.

Lazaro.—No se discuta más. De usté lo que puea y en paz.

Isabela.—Crea usté que lo vendo con pena. Lo vendo porque está mi niño enfermo y tengo que comprar medicinas.

El Trapero.—¿Qué tiene?

Isabela.—Calenturas. Toa la carita la tié encendia como una amapola.

El Trapero.—Vaya, daré lo que usté pide... Por el niño, sólo por él... Y eso que los niños son poco amigos míos, huyen de mi en cuanto m'acerco con el saco al hombro... Ahí va el dinero...

Isabela.—Está bien.

El Trapero.—Moneditas limpias, relucientes como soles.

Lazaro.—Gracias, buen hombre.

El Trapero.—¡Abur!... Y que se alivie el niño... No le asusten con el trapero... No nos comemos a las criaturas... ¡Me da un coraje!... (*Se echa el saco al hombro y se va.*)

Isabela.—Ya está vendío por na. S'aprovechan de las circunstancias. Luego lo venderá por el doble.

Lazaro.—Seguramente.

Isabela.—Si tenemos que seguir vendiendo pá vivir, a este paso pronto estaremos encerraos en la casa vacía.

Lazaro.—Hay que levantar el corazón a la esperanza. To se arreglará muy pronto y volverá a cantar la feliciá en la ventana como un pájaro.

Isabela.—¡Al paso que vamos!

Lazaro.—Mucho se ha conseguío. El pueblo ya no nos mira con rencor. Nos deja vivir aquí sin hacernos na.

Isabela.—Pero ninguno nos habla. Nadie nos salúa al hallarnos en los caminos. Somos como fantasmas, como seres invisibles.

Lazaro.—Ana la Roja y Pedro de Lémona están a nuestro lao.

Isabela.—¡A nuestro lao!...

Lazaro.—Ya irán tos, poco a poco, devolviéndonos la amistad perdía. Ahora lo importante es que el niño se ponga bueno.

Isabela.—El pobre hijo mío yo creo que está muy malito. Parece que tie fuego dentro del cuerpo. La frente y las muñecas le arden como brasas.

Lazaro.—No tengas mieo. Con la meicina que recetó el médico se pondrá bueno. Y la meicina ya podremos comprarla con el dinero que nos dió el trapero.

Isabela.—Aún sobrará pa vivir unos días.

LÁZARO.—Lo suficiente hasta que yo trabaje.

ISABELA.—¿Cuándo empezarás?

LÁZARO.—Pedro de Lémona me ha ofrecio que me darán tra-
muy pronto.

ISABELA.—¡Siempre Pedro de Lémona!

LÁZARO.—¿Te disgusta?

ISABELA.—Sí.

LÁZARO.—¿Por qué?

ISABELA.—S'ha metio en la casa y él lo ordena y lo dispo-
).

LÁZARO.—Gracias a él podemos vivir.

ISABELA.—Te tie como a un perro. Sólo falta que t'eches a
pies.

LÁZARO.—Yo soy agradecio, Isabela. Pedro de Lémona es un
amigo. Nos aconseja bien y por eso yo hago sin chistar
to me dice.

ISABELA.—Da los consejos como mandatos, como si to lo de
casa dependiera de él.

LÁZARO.—Y de él depende. ¿Quién sino él ha hecho que se
deje vivir sin perseguirnos?...

ISABELA.—¿Tú eres el de otros tiempos, Lázaro de Vilobre?...
s tú el que tantas veces peleó como los lobos? Ahora toa
uerza y to tu coraje tiembla como las cañas en el agua
río.

LÁZARO.—¡Qué dices, mujer!...

ISABELA.—Nos debimos marchar de la aldea. Por tu terque-
sufrimos tanto.

LÁZARO.—Ea, no te enfades y venga un abrazo.

ISABELA.—(*Rechazándole.*) Déjame ahora... Voy a ver al niño.
*ra en la habitación lateral. Lázaro queda un momento
y luego llega ANA LA ROJA.*)

ROJA.—Buenos días, Lázaro.

LÁZARO.—Bien venida, Ana la Roja. ¿Qué tal te va?

ROJA.—Voy desapareciendo lentamente. Un día me iré como
umo, desvanecia.

LÁZARO.—Miedosa eres.

ROJA.—También tú. No te atreves a decirme la verdá. Y la
á es que tú piensas: Ya está en las últimas esta pobre
... ¿Y tu mujer?

LÁZARO.—Con el niño. Le tenemos malito.

ROJA.—¿Qué tie?

LÁZARO.—Fiebre.

ROJA.—Voy a verle. (*A Isabela que sale.*) ¿Y el niño?

ISABELA.—Está muy arrebatao.

ROJA.—Na temas. Los pequeños son así, la flor de la ma villa, están un dia que paecen gravísimos y al siguiente ar necen correteando como si na hubiera tenío.

ISABELA.—¡Hijo mio!

LAZARO.—El señor médico ha dicho que no es na.

ROJA.—Pues claro. (*Llega PEDRO DE LEMONA y entra na ralmente, como si fuera su casa.*)

LEMONA.—¿Qué tal el chico?

LAZARO.—De él hablamos. Está muy caído.

LEMONA.—Pasará pronto. No estéis preocupaos. Vengo a tra te una buena noticia.

LAZARO.—¿Algo de la tala?

LEMONA.—Todo está listo. Y pagarán buenos jornales.

ISABELA.—¡Falta hacen!

LEMONA.—Pero tendrás que trabajar mucho, Lázaro. Tendr que estar to el dia lejos de tu casa. Volverás a estar sola co antes, Isabela.

ISABELA.—Por el dia no temo. Y por las noches estará L zaro para defenderme de los lobos si bajan del monte.

LEMONA.—Anda, Lázaro, vente a tomar unas copas.

ISABELA.—No. Déjale.

LEMONA.—¿Por qué, mujer?

ISABELA.—Está el niño enfermo.

LEMONA.—¡Bah!... ¡Sois t'aprensivos!... Ea, vamos a tom unas copas.

ISABELA.—Que no. Déjale, Pedro de Lémona, déjale.

LEMONA.—Un convite de amigo nunca se desprecia. Y es a cerca. (*Poniendo la mano en el hombro de Lázaro y con to autoritario.*) Vamos.

ISABELA.—¿Vas a ir?

LAZARO.—Ya que Pedro tie ese gusto...

LEMONA.—¡Lo ves!...

ISABELA.—Anda, sí... Vete.

LEMONA.—(*Riendo.*) Hay que obedecerme.

LAZARO.—Hasta luego. (*Se van los dos hombres.*)

ROJA.—Manda a tu mario como si fuera el amo. Y Láza obedece sin chistar.

ISABELA.—Es que le está agradecío.

ROJA.—No disimules. No pues ocultar tu rabia. Y con razó Las mujeres queremos a los hombres porque nos domina porque nos mandan. Por eso cuando les vemos sumisos, so

os, dejándose zarandear como muñecos, se nos caen del
ón y se estrellan en pedazos contra el suelo.

BELA.—Es cierto que nos atrae su fuerza y su firmeza.
llos lo supieran nos molerían a palos pa que no dejaramos
uererles nunca!

JA.—Lázaro ya no es el hombre bravo de antes. Ahora
se reduce dócilmente.

BELA.—No quie dar motivo pa que tengan que censu-
Busca el aprecio. Bien lo sabes.

JA.—Pedro de Lémona entra aquí como si fuera su casa
nda a Lázaro con autoriá de amo.

BELA.—Pedro nos defendió contra el pueblo que quiso
irnos, y luego buscó trabajo a Lázaro.

JA.—Tú sabes con qué idea hace to eso. Es por tí. Ya
cómo dijo a tu marío que tendría que estar fuera de casa
día. Trata de alejarlo pa hallarte sola.

BELA.—Na conseguirá de tos modos.

JA.—A tí te escuece ver cómo tu marido baja la cabeza.

BELA.—Pues sí. ¿A qué negarlo?

JA.—La sangre se te pudre viendo que las palabras de Pe-
son como órdenes pa Lázaro. Tú quisieras ver a tu ma-
lzarse enérgico y que le echara.

BELA.—Na sospecha Lázaro. ¿Qué quies que haga?

JA.—Claro, sí; na sabe. Pero un día pue saber y entonces
no pua hacer na, porque estará dominao por completo.

BELA.—Lázaro, en cuanto quiera, volverá a ser el hombre
ntes.

JA.—Es que no podrá ni querer. Poco a poco Pedro de
ona le va dominando. Y el dominio es como una cuerda
va atando de pies a cabeza. Luego será tarde porque ha-
perdío la voluntad. Un gesto o una mirá bastará pa redu-
como a latigazos.

ABELA.—Dejemos esto, Ana, que en bastante tormento me tie

JA.—Hay cosas que no se pueden apartar del pensamiento
ue se clavan en él. Tú estarás constantemente martirizá por-
habrá unos ojos que te miren con osadía y una risa que
arle de tu marío. Ni el pan que comas podrá alimentarte,
ue creerás que de Pedro viene.

ABELA.—Razón ties. Así es. Pero, ¡si tú supieras cuánto he
sado en esto! ¡Las noches que he pasao en vela dando
tas a aquel negro pensamiento que se m'asentó en los se-
el día que hablábamos sentás en el banco del árbol!

OJA.—Yo te quiero bien. Por eso t'hablo así.

ISABELA.—Una vida pequeña me pide cuentas. Y en lo 1 del pensamiento, d'este negro y horrible pensamiento de tación, brillan los ojos de mi hijo como dos estrellas noche.

ROJA.—Eso es mieo. Na más que mieo. Acaso que tú tar estás dominá.

ISABELA.—¡La vida me atrevería a arrancarle a Ped Lémona!

ROJA.—No te dejes dominar, Isabela. El dominio se sin darnos cuenta. Y un día Pedro entrará por esa pue con una mirá te dejará petrificá y se acercará a tí y te to tranquilamente, como se coge una fruta de las ramas d árbol.

ISABELA.—¡Con mis dientes y con mis uñas, si no tenía alguna, le haría pedazos el corazón antes de sentir su al en mis labios.

ROJA.—Decídete a hablar.

ISABELA.—Si supieras qué lucha, qué vacilación hay de de mí... Es mi hijo el que me impíe tener el valor neces Yo no podría poner a los dos hombres frente a frente. Pre defenderme sola.

ROJA.—Es peligrosa esa defensa.

ISABELA.—Hoy mismo he tenío que vender una manta y vestío. No teníamos na de dinero y había que comprar m cinas.

ROJA.—Es imposible que viváis así. Y si Pedro viene y otra vez y tú ties la misma palabra pa su deseo... No... No... Pedro se alejará de vosotros...

ISABELA.—¿Qué cosa mejor entonces?

ROJA.—Con él se alejarán también tos... Comprende, bela, que es mentira ese aprecio que ahora se os finge. S deja en paz por temor a los puños de Pedro de Lémona

ISABELA.—Sí, es cierto.

ROJA.—Dos caminos se abren ante tí. Ceder a los deseo Pedro, o a fuerza de desprecios cansarle y volver a encon ros perseguidos y despreciados. Y hay otro camino, que e senda que conduce a la vida tranquila de antes, cuando se volvían hacia ti con cariño, cuando la compasión b que na te faltase y hasta las señoras cuidaban del niño y bieran hecho de él un hombre de porvenir.

ISABELA.—¡Aquellos días fueron hermosos!

ROJA.—Piensa en tu hijo, en tu convenencia. To debes crificarlo a tu feliciá. (*El CACHICAN entra por el foro.*)

CACHICAN.—Buenos días.

ROJA.—Buenos días, Cachicán.

ISABELA.—Cómo por aquí, Cachicán.

CACHICAN.—Las señoras se enteraron de que está el niño enfermo y me han enviado a preguntar por él.

ISABELA.—Tie calentura. Le arde to el cuerpecito.

CACHICAN—¿Vino el médico?

ISABELA.—Sí.

CACHICAN.—¿Qué dijo?

ROJA.—No será nada.

CACHICAN.—¡Dios lo quiera!

ISABELA.—Gracias, Cachicán.

CACHICAN.—Las señoras se apuraron mucho. L'han tomao cariño al pequeño.

ISABELA.—Son muy buenas.

CACHICAN.—Me encargaron que te pregunte si necesitas algo pa atender a la enfermeá del niño.

ISABELA.—Na tenemos en casa. ¡Es horrible como vivimos!

CACHICAN.—Toma este dinero de parte de ellas.

ISABELA.—¡Oh, no! ¡Gracias!

CACHICAN.—Es pa el niño.

ISABELA.—¡Son unas santas!... Dígalas cuánto se lo agradezco. Mi pobre hijo me pregunta muchas veces por ellas.

CACHICAN.—¿Dónde está el niño?

ISABELA.—En la alcoba... Ahí... ¿Quiere verle?

CACHICAN.—Sí.

ISABELA.—Pase, Cachicán. (*Entran los tres en la habitación lateral y luego de un instante vuelven a salir.*)

CACHICAN.—No está amodorrao.

ROJA.—Paece que l'ha bajao la fiebre.

ISABELA.—Sí, se despejó un poco.

CACHICAN.—Ya sabes el encargo de las señoras... Cuanto necesites mientras el niño esté así...

ISABELA.—Gracias... Gracias...

CACHICAN.—Adiós, Ana la Roja.

ROJA.—Me voy también.

CACHICAN.—Vamos.

ROJA.—(*Aparte a Isabela.*) Ya ves como la compasión está pronto a volver otra vez a ti... A ti sola. (*Ana la Roja y el Cachicán se marchan por la puerta que da al campo. Isabela entra en la habitación lateral. Después de una pequeña pausa llega LAZARO.*)

LAZARO.—Isabela... Isabeluca... (*Se acerca a la puerta lat*ral.) Isabela... Isabeluca...

ISABELA.—(*Saliendo*). ¿Qué quies?

LAZARO.—Na, mujer. (*Se ríe.*)

ISABELA.—¿De qué te ríes?

LAZARO.—De na, mujer... ¡Ganas de reír que tengo! (*Sigu*riendo.)

ISABELA.—Vuelves borracho. ¿No es eso?

LAZARO.—Vengo un poco contento, na más. Hemos bebío una cuantas copas... Pedro de Lémona me hizo beber y beber...

ISABELA.—¿Y tú por qué bebías?... Sabes que enseguía t'hac daño el vino.

LAZARO.—Yo, como quería Pedro...

ISABELA.—¡Lázaro!...

LAZARO.—¿Qué hay, mujer?... ¡Isabeluca!

ISABELA.—¿Te dejas dominar por Pedro de Lémona?

LAZARO.—¿Por qué?

ISABELA.—Haces sin rechistar lo que él te dice.

LAZARO.—Y no nos va mal. Ya ves que desde que atendemo cuanto nos dice to cambió... Eres simple, Isabeluca.

ISABELA.—Vergüenza debías tener en dejarte mandar de Pedro

LAZARO.—¡Vergüenza!... ¿Por qué?... ¿Por hacer caso de los consejos de un buen amigo?

ISABELA.—¿De un buen amigo?...

LAZARO.—¿Qué?...

ISABELA.—(*Temerosa.*) Na, na.

LAZARO.—Cuenta, Isabela... Isabeluca.

ISABELA.—(*Cambiando de conversación.*) Ha venío el Cachicán.

LAZARO.—Aun sigue en sus trece de que nos vayamos.

ISABELA.—Ha venío a preguntar por el niño, de parte de las señoras... Y a darnos dinero.

LAZARO.—Ya no nos hace falta el dinero de naide. Dentro de unos días voy a ganarlo yo . Yo, yo..., que se enteren bien... Yo, Lázaro de Vilobre. Y lo voy a ganar con mi trabajo y gracias a un buen amigo.

ISABELA.—¿Pedro de Lémona es un buen amigo?

LAZARO.—Es el mejor de tos... Y por eso yo le obedezco y si me manda que ruede por la pendiente de la sierra me tiro a la hondoná de cabeza.

ISABELA.—¡Capaz serías!

LAZARO.—Por un buen amigo hago yo lo que él quiera. Y le doy lo que él quiera... A mi casa pué venir y llevarse lo que le dé la gana.

SABELA.—¿No te importaría de na?

AZARO.—¡De na!... Si venía y se llevaba cualquier cosa suyo ... To lo de esta casa es como suyo, que Lázaro de Vilobre buenos sentimientos y sabe agraecer el bien que l'hacen.

SABELA.—¿Y si quería llevarse otra cosa?

AZARO.—Igual... Lo que fuera.

SABELA.—A mí..., por ejemplo.

AZARO.—Tú no eres una cosa. Eres mi mujer y quien te siera llevar tendría antes que verse conmigo.

SABELA.—Tú eres ya un lobo sin fiereza.

AZARO.—(*Cogiéndola por un brazo.*) Este lobo ahogaría en sus manos y le desgarraría el corazón con los dientes al e quisiera llevarte... ¿Lo entiendes?

SABELA.—¿Y si no lo notabas? ¿Si entraba en tu casa taidamente y te engañaba con palabras de amigo pa luego chillarte por la espalda?

AZARO.—Tengo el oido fino que escucha las pisás más le... ¿Cuántas veces, antes que el perro, oí acercarse al co-l a la raposa?

SABELA.—Los hombres, aunque pisan más fuerte que las ra-sas, saben deslizarse más astutamente.

AZARO.—¡Que lo intente alguno¡... Pero, ¿a qué hablar de o?

ISABELA.—¿No quies escuchar las pisás?

LAZARO.—¿De quien?

ISABELA.—De Pedro de Lémona.

LAZARO.—(*Da un salto hacia Isabela y luego queda parado trémulo.*) ¿Qué has querío decir?... Vamos a ver, Isabela... abla!

SABELA.—(*Se oye confuso vocerío. Son los mozos que juegan la barra.*) ¿Oyes?...

LAZARO.—Son los mozos que juegan a la barra... Na me portan esas voces... Son otras las que siento latir dentro mi, con mi sangre. (*Sujetándola entre sus brazos, nervioso excitado.*) Vamos a ver... Dime... ¿Qu'has querío decir? ¡Ha-a, habla!

ISABELA.—No es na... No es na... No t'exaltes... No te pon-s así.

LAZARO.—No es cierto lo que has querío decir, ¿verdad?... es cierto que Pedro de Lémona sea un mal amigo. ¿Ver-d?... ¡Vamos, habla! ¡Te digo que hables!

ISABELA.—Pues sí es cierto. Es un mal hombre y me per-gue.

LAZARO.—¡Eh!... (*Lanza un rugido de fiera. Luego se lleva la mano al pecho, sobre el corazón, como si se le quisiera escapar o estallar con sus latidos.*) Calma... Calma... Calma... ¡No es posible que sea verdad eso que tú dices! ¡Se necesitaría pa que fuera verdad que to el mundo se hubiese desquiciao. No, no. No es posible. Tú estás engañada, Isabela... Eso debe ser. Que estás engañá.

ISABELA.—Nunca se engaña una mujer en tocante a eso.

LAZARO.—¡Si no es posible! ¡Si no es posible!

ISABELA.—Cuando tú no estabas aquí venía por las noches y arañaba en esa puerta. (*Lázaro, fuera de sí, lanza un bramido.*)

LAZARO.—Acaso no era él quien llamaba a la puerta. Acaso era el viento y tu soleá que te daban mieo y t'hacian escuchar lo que no sonaba.

ISABELA.—¿T acuerdas la noche que tú viniste?... Llamaron a la puerta... ¡y era él!... Tú mismo le abriste.

LAZARO.—Venía a verme.

ISABELA.—No sabía que habias vuelto. Trató de disimular.

LAZARO.—Ahí fuera está jugando a la barra. Voy a llamarle... ¡Y que Dios nos salve a tos! (*Se acerca a la puerta y llama.*) ¡Pedro de Lémona!

ISABELA.—¡Calla!... ¡No le llames!

LAZARO.—¡Pedro de Lémona!... ¡Eh, Pedro de Lémona!

ISABELA.—(*Aterrada* ¡Calla, por Dios!

LAZARO.—¡Pedro de Lémona!...

LEMONA.—(*Aparece en el umbral.*) ¿Qué hay? ¿Qué pasa?...

ISABELA.—¡Vete! ¡Vete!

LAZARO.—Entra Pedro de Lémona. Pasa. Ven aqui.

LEMONA.—(*Entrando.*) Sepamos qué queréis. Como si lo viera que se trata del chico. ¡Sois de aprensivos! No le pasa na. No tengáis cuidao.

LAZARO.—Escucha... Tú eres un hombre y eres bravo, y como valiente que eres me vas a responder a lo que te pregunte y me vas a decir la verdá... ¿Es cierto que andas tras la Isabela?

LEMONA.—¿Qué dices?

LAZARO.—Ella me lo ha dicho. Y yo quieo saberlo de tí, de tu boca, pa quitarte la vida si eso es cierto.

LEMONA.—No lo eches por la tremenda que fuertes brazos tengo. No es tan fácil quitarme la vida como tú fanfarroneas.

LAZARO.—¡Y el alma te arrancaré de cuajo si eso es cierto!

LEMONA.—Vaya, hombre...

ISABELA.—¡Vete, Pedro de Lémona! ¡Vete!

LEMONA.—Pues bien, sí; yo quieo a esa mujer.

LÁZARO.—¡Atrás!... ¡Vas a morir!... Y tu cadáver lo llevaré a cumbre de la montaña y lo echaré a los lobos, pa que no ante la tierra si lo sepulto. (*De un salto coge el hacha y re hacia Pedro, el cual se precipita por la escalerilla que iduce al sobrado y se refugia en la habitación alta. Lázaro ue tras él y también entra en la habitación. Isabela queda iblando y se apoya en la pared para no caer aterrada.*)

ISABELA.—(*Con voz quebrada.*) ¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Soco-!... (*Vuelve a salir Lázaro de la habitación. Ya no tiene el cha y está pálido y desencajado. Se agarra trémulo al pasanos de la escalerilla de madera y se inclina hacia Isabela, ciéndola señas de silencio.*)

LÁZARO.—¡Pchs!... ¡Pchs!...

ISABELA.—(*En voz baja.*) ¿Le has matao?

LÁZARO.—¡Phs!... ¡Phs!... (*Trata de bajar, pero le tiemblan i piernas y no puede, permaneciendo agarrado al pasamanos ra no caerse. Le castañetean los dientes.*) ¡No puedo anr!... ¡Se me doblan las piernas!... ¡Dame la mano, Isabela, me la mano que no pueo andar! ¡Isabela! ¡Isabela! ¡Isaluca! (*Entra precipitadamente el coro de los mozos.*)

CORO LOS MOZOS

¡Qué pasa!... ¡Qué pasa!
¡Quién pedía socorro!
¿Qué ha sucedio, Isabela?
¡Lázaro! ¡Lázaro!
¡Está temblando! (*Un mozo sube por la escalerilla.*)
¿Has maltratao a Isabela?
¡Habla! ¡Habla!
¡Eres la vergüenza del pueblo! (*El mozo que subió al sobrado da un grito al ver el cadáver de Pedro de Lémona.*)
¡Muerto!
¡Eh!
¿Qué dices?
¡Criminal! ¡Muera! (*Lázaro de Vilobre está como un muñeco, sin fuerzas, desvencijado.*)

LÁZARO.—¡Isabela!... ¡Isabela!...

EL CORO DE LOS MOZOS.—¡Muera! ¡El ladrón! ¡El asesino! ¡Echarle al barranco! ¡Hacerle pedazos a pedrás! (*Los mozos sacan Lázaro fuera de la casa y se les oirá hasta final del acto gritar fuera. en el campo.*)

LAZARO.—¡Isabela!... ¡Isabela!... ¡Isabeluca! (*Pequeña pausa. Isabela sale despavorida de la habitación lateral. En el mismo instante llega Ana la Roja.*)

NIÑO.—(*Dentro.*) ¡Papá! ¡Papá!

ISABELA.—¡Ana la Roja!... ¡El niño llama a su padre!

ROJA.—Le llamará siempre... Oirás siempre la voz de tu hijo llamando al padre.

ISABELA—¿Qué dices?

ROJA.—¡Que te odio con toda mi alma!

ISABELA.—¡Tú!

ROJA.—Porque él te quería. ¡Ahora está muerto! Ya nadie podrá disputármelo!... ¡Es mío! ¡Sólo mío! (*Al pie de la escalera.*) ¡Y has sio tú mi vengadora!... (*Isabela tiene un momento de indecisión, de lucha interior, y rápidamente, decidida, se acerca al umbral de la puerta que da al campo y grita.*)

ISABELA.—¡Eh! ¡Gente de la aldea!... ¡Escuchadme tos!... El, no... El, no... ¡Es inocente! (*Y como loca, gritando y agitando los brazos en alto, se aleja corriendo.*)

TELON



NUMEROS PUBLICADOS

¡PARE USTED LA JACA, AMIGO!, de Ramos de Castro.
EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María Vela
EL FUERTE, de Augusto Strindberg
MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoi.
EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
CUENTO DE AMOR, de Benavente, y SONATA, de Vin.
¡MAS QUE PAULINO...!, de González del Castillo y M. Alonso.
UN ALTO EN EL CAMINO, de El pastor poeta.
PERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artis.
¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
EL AUTOMOVIL DEL REY, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
MI HERMANA GENOVEVA, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
RAQUEL y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Rivas.
LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo.
EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena.
CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
ORO MOLIDO, de Federico Oliver.
DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Paso y Es-

LAS HILANDERAS, de Federico Oliver.
HILOS DE ARAÑA, de Manuel Linares Rivas.
¡MIRA QUE BONITA ERA...!, de Francisco Ramos de Castro.
CUENTO DE ALDEA, de Luis Fernández Ardavín.
UNA MANO SUAVE, de Alberto Insua y Tomás Borrás.
¿QUIEN TE QUIERE A TI?, de Luis de Vargas.
¡AL ESCAMPIO!, de El pastor poeta.
LO IMPREVISTO, de Francisco de Vin.
EL CLUB DE LOS CHIFLADOS, de Cadenas y Gutiérrez Roig
LA SANTA, de Luis Fernández Ardavín y Valentín de Pedro
LOS CLAVELES, de Sevilla y Carreño
EL SOLAR DE MEDIACAPA, de Carlos Arniches.
EL SOFA, LA RADIO, EL PEQUE Y LA HIJA DE PALOME
Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
EL ROSARIO, de Florencia L. Barclay y A. Bisson.
LA DAMA DEL ANTIFAZ, de Charles Mère, traducción de
de Castro.
NOCHE DE CABARET, de Antonio Paso y Antonio Estremera
LA PRISIONERA, de Bourdet, trad. Cadenas y G.-Roig.
UNA FARSA EN EL CASTILLO, de Molnar, trad. de Lepina.
¿QUE TIENES EN LA MIRADA?, de Muñoz Seca y Pérez
dez.
PEPA DONCEL, de Jacinto Benavente.
EL FANTASMA DE CANTERVILLE, de Oscar Wilde.
LA CASA DE LA TROYA, de Linares Rivas y Pérez Lugín
LA NIÑA DE PLATA, de Lope de Vega, refundición de An
Manuel Machado.
NAPOLEON EN LA LUNA, por Navarro y Sáez.
ADAN Y EVA, por Pilar Millán Astray.
LA DAMA DEL MAR, de Ibsen, versión española de Cristóbal
lo.
ROMANCE, adaptación española de A. Fernández Lepina.

102. EL ABOLENGO, de Manuel Linares Rivas, y DUO, de P
no Masip.

103. AMO A UNA ACTRIZ, de Ladislao Fodor, traducción de
rique de Rosas.

104. PARA EL CIELO Y LOS ALTARES, de Jacinto Benav

105. DON FLORIPONDIO, de Luis de Vargas.

106. EL CARDENAL, de Luis N. Parker, adaptado a la escena
pañola por Manuel Linares Rivas y Federico Reparaz.

108. LA ARAÑA DE ORO, de Orsier y Brentano, versión castel
de Cadenas y Gutiérrez-Roig.

109. LA LOBA, de Celerino R. Avecilla y Manuel Merino.

110. ¡ATRÉVETE, SUSANA!, de Ladislao Fodor, traducida
húngaro por Tomás Borrás y Andrés Révész.

111. EL DIFUNTO ERA MAYOR, de Luis Manzano Mancebo.

112. HAN MATADO A DON JUAN, de Federico Oliver.

113. SIXTO SEXTO, por Antonio Paso y Antonio Estremera.

114. LA LOLA SE VA A LOS PUERTOS..., por M. y A. Mach

115. ¡MALDITA SEA MI CARA!, por Magda Donato y Antonio R

116. LO QUE DIOS DISPONE, de Muñoz Seca.

117. PARA TI ES EL MUNDO, de Carlos Arniches.

118. ORIENTE Y OCCIDENTE, de W. Somerset Maugham.

119. ESTUDIANTES Y MODISTILLAS, de Antonio Casero.

120. VOLPONE, de Ben Jonson.

121. EL ALFILER, de Pedro Muñoz Seca.

122. SER O NO SER, de Rafael López de Haro.

123. MARÍA VICTORIA, de Manuel Linares Rivas.

124. EL GATO Y EL CANARIO, de John Willard, traducida
José Luis Salado y F. Pérez de la Vega.

125. LA AVENTURA DE IRENE, de Cadenas y Gutiérrez-Ro

126. ¿QUÉ DA USTED POR EL CONDE?, de Antonio Paso
Emilio Sáez.

127. MATA, de Simón Gantillón, traducción de Azorín.

128. EL NEGRO QUE TENÍA EL ALMA BLANCA, de Insúa
Oliver.

129. ELLA O EL DIABLO, de Rafael López de Haro.

130. EL CUATRIGÉMINO, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.

131. LOS TRES MOSQUETEROS, de Ardavín y Valentín de Pe

132. CUANDO EMPIEZA LA VIDA, de Linares Rivas.

133. ¡LA CONDESA ESTÁ TRISTE!..., por Carlos Arniches.

134. MANOS DE PLATA, por Francisco Serrano Anguita.

135. DE CUARENTA PARA ARRIBA..., de Antonio F. Lepina
Ricardo G. del Toro.

136. FABIOLA O LOS MÁRTIRES CRISTIANOS, de Tomás B
rrás y Valentín de Pedro.

137. PELELES, de Francisco de Viu.

138. ANFISA, de Leónidas Andreiev.

139. EL PROTAGONISTA DE LA VIRTUD, de Manuel D. Benavid

140. EL RUISEÑOR DE LA HUERTA, de El pastor poeta.

141. ¡CONTENTE, CLEMENTE!, de Antonio Paso.

142. EL ALMA DE LA ALDEA, de Linares Rivas y Méndez de
Torre.

143. EL MILLONARIO Y LA BAILARINA, de Pilar Millán Astr

144. LA HIJA DE JUAN SIMÓN, de José María Granada y Ner
sio M. Sobrevila.

145. EL CONDENADO POR DESCONFIADO, de Tirso de Moli
arreglo de los Hnos. Machado.

146. LA EDUCACIÓN DE LOS PADRES, de José Fernández
Villar.

147. LA MALA MEMORIA, de Abati y García Álvarez, y LA CA
SA, de Linares Rivas.

148. LA ROSA DEL AZAFRÁN, de Romero y Fernández Sha

149. SHANGHAI, de John Colton, traducción de A. Mori.

150. SATANELO, de Pedro Muñoz Seca.

CASANOVA, de Loran Orbok, traducción de F. de Viu.
SEIS PESETAS, de Luis de Vargas.
LA SOMBRA, de Darío Niccodemi.
LOS POLLOS "CASON", de José Fernández del Villa
LA MAR Y SUS PECES, de Antonio Paso y Emilio Sáez
LA MUJER DESNUDA, de Henri Bataille, traducción de Saree
LA CARCEL MODELO, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.
TRIANERIAS, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
EL SEPTIMO CIELO, de Austin Strong, traducción de Anto- de Madrid.
OLIMPIA, de Franz Molnar, traducción de Tomás Borrás y An- evesz.
PAPA GUTIERREZ, de Francisco Serrano Anguita.
EL CRIMEN DE JUAN ANDERSON, de Annie Wisse, adap- de Juan G. Olmedilla e Ignacio Rodríguez Grahit.
"K-29", de López de Haro y Gómez de Miguel.
LA ESPADA DEL HIDALGO, de Luis Fernández Ardavín.
DON ESPERPENTO, de Joaquín Abati y Valentín de Pedro.
LA DANZARINA ROJA, de Charles-Henry Hirsch, traducción ina y Burgas.
SIEGFRIED, de Jean Giraudoux, traducción de Díez-Canedo.
LA CALLE, de Elmer L. Rice, traducción de Juan Chabás.
EL TONTO MAS TONTO DE TODOS LOS TONTOS, de Antonio Tomás Borrás.
EL AMANTE DE MADAME VIDAL, de Luis Verneuil.
LA PERULERA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
¡CASATE CON MI MUJER!, de Ladislao Fodor, adaptación la de Tomás Borrás.
ME LO DABA EL CORAZON, de Honorio Maura.
LA VIEJA RICA, de Fernández del Villar.
PIRUETA, de Fernando de la Milla.
LA MARICASTAÑA, de Felipe Sassone.
¡VIVA ALCORCON, QUE ES MI PUEBLO!, de Ramos de Cas- Carreño.
EL SEÑOR BADANAS, de Arniches.
LA CONDESITA Y SU BAILARIN, de Honorio Maura.
MONTE DE ABROJOS, de José Castellón.



RIVADENEYRA (S. A.).—MA